

DIAS SIN GLORIA

DE ROBERTO VIDAL BOLAÑO

PERSONAJES

EL

ELLA

UNA POSADERA

UN MENDIGANTE CIEGO

UN HERRERO

UN TENDERO

UN SANTON

UN GALLOFO VIEJO

UN TULLIDO

EL LOCO DE CIRA

CAMILA

UN MALHERIDO

UN HOMBRE DE CUEVAS

UN PREDICADOR

UN TABERNERO

UN PADRE

UN HIJO

UN JUGLAR

UN MENDIGANTE LEPROSO

UN CABALLERO ENGREIDO

PEREGRINOS, PUTAS, SOLDADOS, PALA-

FRENEROS, LOBOS,

MUERTOS, SANTOS Y DEMONIOS.

siquiera. El viejo se deja vencer hacia atrás y ella lo acoge en su regazo, se besan apasionadamente. Al conjuro de aquel beso él exhala el último aliento y entrega la vida en sus brazos. Ella con él así, acariciado en su regazo, se aleja hacia el mar, arenal adelante.

ELLA: Lo encontrara en un claro del bosque que rodea el Hospital de San Nicolás, en Harambels, cerca de Inzura, cuando Inzura era ya esa pequeña aldea olvidada, entre Larceveau y Saint Palais, en la que ningún viajero repara ignorante de su antigua grandeza. Juntos hicimos todos los caminos que llevaran a alguna parte. Voy a acostarlo en la espuma del mar y a dejar que se pierda en él como quería y ni tan siquiera sé cual es su nombre.

Lo posa en la cresta de la ola más espumosa y plateada, y deja que el mar se lo lleve.

Se pone el sol y oscurece, con la oscuridad, crece el recuerdo de una canción solitaria y melancólica.

ilumíname, ilumíname
estrella de la fortuna
ilumíname, ilumíname
mientras no viene la luna.

Es un viejo el que canturrea.

I

EL MAR, LA MUERTE Y EL OLVIDO

En la orilla del mar, cerca de donde principian y acaban todas las cosas. Las olas baten en la arena con suavidad y un sol crepuscular, rojo de sangre, busca acomodo tras la raya lejana e imprecisa del horizonte dejando en el aire el aliento de un mal presagio.

Sobre la ladera del arenal se recorta la silueta de un carromato y la de dos peregrinos. Uno de ellos, el más viejo, espera sentado en la arena con la mirada perdida en la inmensidad del océano. El otro, una mujer, está de pie al lado del carro. Tiene un cuchillo de hoja ancha en la mano. La mujer se acerca ceremoniosamente hasta donde el viejo aguarda y se arrodilla a su lado. Cierra sus ojos con una mano y con la otra levanta el cuchillo con intención de clavárselo. Antes de que la hoja penetre con fuerza en el pecho del anciano, un rayo de sol, al rozarla, arranca de ella un reflejo dorado. Además del golpe seco de la cuchillada y del batir de las olas sobre la arena, no se oye nada. Ni un gemido

II

PUTAS, GALLOFOS, OSOS Y SANTOS

(1)

OSTABAT

Calle de la Villa. La entrada de una posada. No hay más luz que la de una luna envuelta en bruma y la que irrumpe por la puerta que acaba de abrir una posadera sebosa y malencarada. Tira de una muchacha joven y de buen ver, pese a que la paliza que le acaban de atizar le ha desmejorado el vestir y la cara.

POSADERA: ¡Con lo tuyo puedes hacer lo que quieras, pero de lo mío no dispone nadie! ¡Y menos una puta rastrera a la que nunca debí dar trabajo en esta casa! ¡Tonta de mierda! ¡Mira que te lo había dicho! ¡Nunca le tengas fe a ninguno, son

todos iguales! ¡Y vas y no solo te fías a ese desvergozado sino que además te enamoras de él como una boba! ¡Venga! ¡Acércate a Perigueux, pídele amparo a San Frontón, y busca a alguien que te lleve por los atajos para poder darle alcance! ¡Y si quieres volver a saber que tu hija no vengas sin cobrarle lo que me pertenece!

ELLA: Déjemela ver.

POSADERA: ¡La verás cuando me traigas o el dinero o los cojones de ese desgraciado! ¡Ya puesta tanto me da una cosa que otra!

Arroja a la calle las cuatro cosas que la muchacha tiene y se va cerrando la puerta tras ella.

Oscurece.

(2)

CLARO DE UN BOSQUE, EN HARAMBELS

En medio de una tormenta. Al calor de un fuego a punto de dejarse vencer por la llovizna y por un viento racheado. Un Gallofo sucio y cincuentón, abrigado bajo el toldo de un carromato, grita hacia el cielo, y dialoga con el mal tiempo como si este lo escuchase.

EL: ¡Dale! ¡Dale! ¡Cabréate cuando te venga en gana, amigo, que no por eso voy a dejar de cantar como quisieras.

(Cantando)

Estrella del lucero...
Tu bien lo debes saber...

(Es la misma canción de antes)

La tormenta le responde arreciando y se apaga el fuego. Oscurece.

(3)

CAMINO DE MONT DE MARSAN

En una encrucijada. Al amanecer de un día grisáceo. La mujer y un mendigante ciego, hablando.

EL MENDIGANTE: No, aquí ya no queda quien haga el camino por otros. Sabía de uno de Moisaac, pero oí decir que muriera. De una paliza, decían. Aunque a mí me cuesta creerlo. Lo conocía bien. Tenía el pecho de un toro y más bravura que la de una loba hambrienta. Sé que en este camino por cosas así puede morir cualquiera pero que muriera él lo dificulto mucho. Si vive y no anda de viaje te dirán de él más adelante. En Ostabat. Claro que yo, de ser tú y encontrarlo, lo pensaría bien antes de echarme a su lado al camino. No es de fiar habiendo mujeres por el medio.

Oscurece.

(4)

CLARO DE UN BOSQUE, EN HARAMBELS

El viejo y el mal tiempo siguen discutiendo. Intenta en-

cender el fuego de nuevo pero el viento y la lluvia se lo impiden con insistencia.

(Cantando todavía)

... Cuantas horas tiene el día
antes de amanecer...

EL: ¡La madre que te parió! ¿Sabes lo que pienso viejo amigo? ¿Eh? ¿Lo sabes? Que tú yo nos podríamos haber llevado un mundo de bien si no te me pusieras tan cabrón en cuanto llega el invierno. Me haces muy difícil el camino aunque no te lo parezca.

Después de un relámpago fugaz y lejano, oscurece.

(5)

A LA PUERTA DE UNA HERRERIA, EN SAUVETERRE

La muchacha y el herrero hablando. El saca un hierro incandescente de la forja y lo moldea en el yunque.

HERRERO: ¿Que si vive? Tan rufo como siempre. Las penas le enrarecieron la mirada, pero los años no le pesan. ¡Te han dicho bien! El es el único que, si quiere, puede ayudarte en eso. Conoce como nadie todos los caminos que llevan a alguna parte. Y más si van hacia Compostela. Darás con él cerca de Inzura, en Harambels. Dile que vas de mi parte, quizá no te atienda mejor por eso pero al menos hará por escucharte.

Oscurece.

(6)

CLARO DEL BOSQUE, EN HARAMBELS

El viejo sigue salmodiándole al viento y a los relámpagos, abrigado aún bajo el toldo del carromato.

EL: ¡Muy bien! ¡Así! ¡Así! ¡Así es como más te agradezco! ¡Orgullosa y cabreada! ¡Pero no conseguirás que me calle! ¿Te lo dije ya? Mañana, al abrir el día, me echo de nuevo al camino. Esta vez por mi propia cuenta. Yo nunca creí en los milagros, ya lo sabes, pero si es cierto que los hay y el Apóstol quisiera echar mano de quien tantas veces fue y vino por cuenta de otros a su sepulcro, haría uno con ella. Dicen que por menos de lo que yo le voy a ofrecer lo ha hecho con otros, ¿por qué no con mi mujer o conmigo?

Oscurece.

(7)

MERCADO DE HARAMBELS

La mujer habla con un tendero ambulante, ofrece: esportelas de piel de ciervo, bordones, calabazas, conchas de vieira, y otras chilindradas propias del camino.

TENDERO: ¡Sí! ¡Sí! ¡Está aquí! ¿No quieres una esportela o una concha? No claro, ya nadie quiere. ¿Lo que son las cosas, eh? Aquí conflúan los caminos que desde San Martín de Tours, Veze-

lai o Notre Dame du Puy llevaban hasta Compostela, o si el peregrino quería, a un más allá que principiaba en el mar y en la niebla. Y ahora... ¡Aquellos eran otros tiempos! A ese que buscas lo encontrarás en un claro del bosque que rodea al Hospital de San Nicolás. Sabrás que es él por la piel de oso que lleva. Dice que lo mató con sus propias manos pero no es cierto. ¡Dios sabe a quien se la robaría!

Oscurece.

III

EL ENCUENTRO

Claro del bosque, en Harambels. La tormenta fue calmado, el gallofo sale de debajo del toldo y extiende la mano para comprobar si todavía sigue lloviendo.

EL: ¡Vaya! ¡Amainaste! ¡Ya iba siendo hora! ¡Llevabas toda la noche quejándote! Sé que nunca te sentó bien esto de tener que razonar con la gentuza, pero ya ves, extrañezas de la vida, que nunca viene al derecho para todos. Yo no te puedo impedir a ti que te cabrees y tú no me puedes impedir a mí que canturree mientras sea lo que el cuerpo me pide.

Se escucha la voz de un hombre en la oscuridad.

VOZ: ¡Eh, señor!

El gallofo, sin pensárselo dos veces, echa mano de la piel de oso que esconde en el carro, se cubre con ella y tras ponerse a cuatro patas grita como enloquecido imitando el rugido de una fiera, un oso al parecer.

EL: ¡Gruaaag! ¡Acercaros si tenéis cojones! ¡Venid! ¡Venid! ¡Gruagggggggg! ¡Ja, ja, ja, ja! Pensasteis que nos podríais cazar desprevenidos, ¿eh?

VOZ: (*En la oscuridad*) No se inquiete, señor. Somos gente temerosa de Dios.

EL: ¡Ya! ¡Y yo el Apóstol Santiago a remojo! ¡Gruaaaagg! Escuchad lo que dice mi amigo. El nunca se equivoca. Reconoce el hedor de gallofos y ladrones a cuatrocientas leguas de distancia. ¿Peregrinos, eh?

VOZ: Más o menos, señor.

EL: Estas espaldas y esta alforja saben cuanto había de cierto en las palabras de otros muchos que se acercaron a mí asegurando lo mismo. ¿Cuántos sois?

VOZ: Si viniéramos por mal, más de los que harían falta para haber dado ya buena cuenta de usted y de su oso. (*Burlándose*) ¡Le sienta bien la pelli-za!

EL: (*Deshaciéndose de ella*) ¿Conocíais el truco?

VOZ: ¿Y quién no, viviendo a la orilla de este camino?

Deja de hacer el oso, pero se hace el ciego y el cojo.

EL: ¿Qué os trae junto a mí?

VOZ: Dicen que es el más fiero y destemido de cuantos tienen por oficio peregrinar por cuenta de otros a Compostela. Y que es quien mejor conoce todos los atajos que llevan a ella. ¿Es cierto?

EL: Lo era, antes de que un mal rayo me volviera ciego y aquella manada de lobos acallara su hambre con el muslo de mi pierna derecha.

VOZ: Nada nos habían dicho de eso, señor.

EL: Pues ya lo sabéis.

VOZ: Lo sentimos mucho ¡Quede con Dios!

EL: ¡Eh! No os dejéis vencer por las prisas, si como parece es cierto que me buscáis por mis mañas y no por mi alforja. Otros aprovecharían lo de la ceguera para dejarme sin lo puesto. ¿Por qué vosotros no?

VOZ: Ya le dijimos que éramos gente de bien.

EL: Pues no dice mucho en favor de eso, que pongáis a hablar por vosotros a alguien que pese al esfuerzo en fingir ser hombre hecho, enseguida se adivina que no pasa de ser un muchacho. Y además muy joven.

VOZ: En estos tiempos toda precaución es poca.

EL: ¡Sobran conmigo, muchacho! Vienes tú solo, ¿no?

VOZ: Sí.

EL: Sal de la maleza y entra en el claro.

De la maleza sale un joven. Lleva un sombrero calado hasta los ojos que no deja ver bien su cara.

EL: Supongo que quieres que vaya a ganar el cielo por ti a Compostela, ¿no es así?

EL JOVEN: Busco a alguien capaz de hacer el camino con ligereza para darle alcance a un caballero. Pero, por lo que se ve, usted ya no es ese.

EL: (*Riéndose*) ¿A lo mejor quien tantas veces fue y vino con bien de Compostela pese a estar impedido, puede ir una y mil más si le apetece?

EL JOVEN: ¿Y a usted le apetece?

EL: Depende.

EL JOVEN: ¿De qué?

EL: ¿Tienes dinero?

EL JOVEN: Alguno.

EL: ¡Bien! ¡Muy bien! Si eso es cierto y tienes bastante, incluso puede mediar un milagro de Nuestro Señor Santiago. ¿Lo traes contigo?

EL JOVEN: Soy joven pero no tonto, señor.

EL: ¡Ja, ja, ja! ¡Me caes bien muchacho! ¡Además de atrevido eres trampón y mentiroso, como yo! ¿Crees en ellos?

EL JOVEN: ¿En quién?

EL: ¿En los milagros?

EL JOVEN: ¿Y usted?

EL: Yo no pero, a veces delante de los ojos de uno acontecen cosas que si no son milagros, lo parecen. Como por ejemplo, esta...

Deja de fingirse cojo y ciego.

EL JOVEN: A fe que es bueno el milagro. Aunque, como todo en la vida, puede ser mejorado. ¿Qué le parece este otro?

El joven se desprende del sombrero con mucha solemnidad, y deja que caiga sobre su espalda una larga y poblada cabellera, que le devuelve a su rostro la condición de mujer hasta entonces oculta detrás de una voz y unos gestos pretendidamente hombrunos. El viejo no sale de su asombro. Resplandece en el cielo el último relámpago y enseguida el trueno como una carcajada. El viejo levanta la mirada y grita hacia el cielo con evidente enojo.

EL: ¿Qué diablos tienes que decir tú ahora? ¡Diéramos por finalizada nuestra conversación!

Oscurece.

EL TRATO

(1)

CLARO DEL BOSQUE, EN HARAMBELS

Al amanecer del día siguiente, un sol aún perezoso, cue-la tímidamente sus rayos por entre las ramas. El viejo anda muy atareado guardando sus cosas en el carromato. Tiene muchas. Tantas que, más que llevar las necesarias para un largo viaje, parece llevar todas las que posee. Ella intenta ayudarle pero él no consiente que le toque a nada.

EL: ¡Deja eso! ¡Y no te acerques al carro! Si buscas gloria te confundes de compañero y de camino, y si lo que buscas es venganza, que Dios o el diablo te ayuden, yo no pienso.

ELLA: ¿Cuánto?

EL: ¡Aléjate de mí! ¡Espero no tener que repetírtelo! ¡Vuelve por donde has venido y déjame en paz! ¡Yo viejo y cansado! ¡Tú mujer! ¡El a caballo! ¡Nosotros a pie! ¡No muchacha, no!

ELLA: Se detiene cada poco tiempo y acepta el desafío de cualquiera que no lo obligue a desviarse del camino más allá de siete leguas.

EL: ¡Ya! ¿Y tú piensas matarlo a traición o en desafío? Sólo por ver eso podría valer la pena el viaje, pero ni creo lo que dices, ni soy lo suficientemente viejo como para dejarme tentar por tanto desvarío.

ELLA: Hasta darle alcance solamente.

EL: ¡No y no! ¡Además, yo nunca viajo con jovencitas!

ELLA: ¡Eh, sin faltar! Que pudiera ser que fuese más mujer yo de lo que es hombre usted.

EL: ¡Peor me lo pones! ¡Vuélvete a casa, muchacha! No vale la pena tanto esfuerzo por siete noches de puterío.

ELLA: Eso es asunto mío. A usted ni le va ni le viene.

EL: ¿Qué son quince o veinte reales?

ELLA: Setenta, si no le importa. Algunas también tenemos un precio más alto de lo común.

EL: ¿Qué otro daño te causó además del de no pagarte?

ELLA: Más del que se le consiente a nadie entre las de mi oficio.

EL: ¿Es un caballero, no? Le asiste ese derecho.

ELLA: No conmigo. Y no le dé más vueltas, ponga precio.

EL: ¡Dios Santo! ¿Pero tú viste algo semejante? (*Hacia el cielo*) ¡Una puta joven, y un gallofo viejo, camino de Compostela y no para ver a Santiago el Mayor! ¡Está bien! ¡Por tu hija, que no por ti! ¡Levanta las faldas y descázate!

ELLA: ¡Cien reales!

EL: ¡Déjate de tanta historia y haz lo que digo!

ELLA: ¿Quiere cobrar en especias?

EL: ¡Escúchame bien, túzara de mierda! (*le muestra sus piernas*) ¡Mira! Estas son las piernas de un viejo acostumbrado a hacer el camino en su momento, por su sitio y a su aire. ¡Pálpalas! (*la muchacha lo hace con timidez*) ¿Están duras, eh? ¡Pues bien, tú quieres andar ese camino ahora que arrecia el invierno y atajando! Para no cobrarte ni más ni menos que lo justo, preciso saber cuánto de él tendré que hacer contigo a cuestras o en el carromato.

La muchacha, enfurecida, levanta la falda con todo descaro.

ELLA: ¡Ahí las tiene! Son recias, como su dueña.

EL: Te lo diré una vez que haya palpado.

Le palpa los tobillos, las rodillas y los muslos, sin tener demasiado cuidado en tocarle o no la entrepierna.

ELLA: ¡Eh! No se pierda por ahí arriba que es otro el camino que tiene que hacer atajando.

EL: Todavía no dije que sí.

ELLA: Lo hará.

EL: ¡Estas piernas...! ¡Dios santo! ¡Si fueran veloces como son hermosas, incluso podrían hacer el viaje volando! ¡Pero así! Cualquiera puede apreciar, que desde que están en este mundo pasaron más tiempo acostadas del que pasaron erguidas.

ELLA: Miserias del oficio.

EL: (*Le palpa los pies*). Para darse bien en él puede que valgan lo que pesan pero para andar camino... ¡Virgen Santísima! ¡A donde pretendes que te lleven estos palitroques de mierda!

ELLA: A donde he de ir venga o no usted conmigo.

EL: Puede costarte bastante, ¿sabes?

ELLA: (*Bajando la falda*) ¿He de decirle otra vez que ponga precio?

EL: No sé. El asunto es complicado, y más ahora. Pongamos que... ¡Mil reales! Ni uno menos.

ELLA: (*Riendo*) ¡Se ha vuelto loco! ¡Doscientos, y va que se mata!

EL: (*Ofendidísimo*) ¿Delante de quién piensas que estás, pécora de mierda? No te hago pagar cara semejante ofensa porque aún eres una niña de mierda, que de lo contrario...

ELLA: ¡Mujer entera, si le da igual!

EL: Nunca regateo. Si dije mil es porque mil es el precio.

ELLA: ¡Pues no hay trato!

EL: Yo nunca quise que lo hubiese.

Oscurece.

(2)

CAMINO DE OSTABAT

En el camino. Tirando del carro. El sol ya está en lo alto.

EL: Por los doscientos reales, vino y comida aparte...

ELLA: (*Cortante*) ¡Comida y basta! El vino quedamos en que iría por cuenta de los dos.

EL: ¡Y dale! Bien, bien decía que por ese dinero y por la comida, te ayudo a darle alcance, pero de muertes yo no entiendo nada.

ELLA: Pierda cuidado, eso es asunto mío. ¿Tenía previsto viajar?

EL: ¿Por qué?

ELLA: Este carro está aparejado para más cosa que para resguardarse de la lluvia.

EL: Siempre lo llevo así. En este oficio nunca se sabe. (*Con sorna*) Cuando menos lo piensa uno puede aparecer una putita encelada que quiere ir a Compostela atajando para ver a Santiago el Mayor.

Oscurece.

V
CAMINO DE LA GLORIA

Encrucijada de caminos a las puertas de Saint Palais. Al atardecer. El día se volvió gris y un cielo cegado por las nubes amenaza lluvia. Además de algunos peregrinos preparándose para el viaje, hay curas confesando, cambistas, aguadores, putas, concheros, tullidos y lunáticos. Un peregrino con aire de santón predica desde un alto.

EL SANTON: Dejad aquí vuestro fardel de negruras e id limpios hacia la estrella que marca el lugar donde reposan los restos de Nuestro Señor Santiago.

EL: (A la muchacha) Compra compango para siete u ocho días. Después de aquí, no tendremos dónde hasta la de Galiana. Yo mientras voy a saludar a unos amigos ¡Y no te olvides del vino!

La muchacha se va y él se confunde con el gentío. Se siente como en su casa. Camina entre todos ellos saludando a unos y azuzando a otros como si los conociese de toda la vida. El santón sigue predicando.

SANTON: Para quien hace el viaje libre de pecado, camino de Compostela hay montes que tocan el cielo y ríos más grandes que la mar oceánica misma. Cruzarlos es purificante, lo acerca a uno a Dios a cada instante. Las gentes agasajan a los peregrinos con fiestas y romerías y Dios está en todas partes haciendo bueno un camino que lleva derecho al sepulcro del Santo Apóstol Santiago.

EL: ¡Qué sabrás tú, lunático, si nunca pasaste de Roncesvalles!

SANTON: De allí en adelante todo el camino es ya igual.

EL: Depende de quien lo haga.

El santón baja del alto y se echa a anchar con él.

EL: ¿Cómo se te dio el día, Santón?

SANTON: ¡Mal! ¿Cómo se me habría de dar? ¿Vuelves allá?

EL: Vuelvo, sí señor.

SANTON: ¿Por cuenta de cuántos?

EL: Por cuenta de diez.

Se les acerca un gallofo viejo, derrotado de más para sus años y para andar camino.

GALLOFO: No le hagas caso. ¿Quién le confiaría una promesa a semejante bordonero? ¡Va porque quiere!

EL: Algunos fue por eso por lo que fuimos siempre, ¿o no? ¿Cómo te va, amigo mío?

GALLOFO: ¡Ya ves! ¡Al camino, una vez más! Oí decir que tú en esta ocasión ibas buscando un milagro, por lo de tu mujer. ¿Es cierto?

EL: Oíste mal. Voy con una dama que quiere hacer el camino atajando.

GALLOFO: ¿Tanta prisa tiene?

EL: No es prisa, es calentura. Quiere darle alcance a un noble que hace el camino a caballo y que va para tres días que salió. El caballero la pretende y se ve que a ella le apura dormir en sus brazos.

GALLOFO: Pensé que podríamos ir juntos. A nuestros años este no es un viaje para hacer en solitario.

EL: ¡Demonio de oficio! Este lo que no es, es viaje para hacer en invierno.

SANTON: Se hace cuando hay por quién y no cuando el tiempo ayuda.

Se cruzan con un peregrino. El santón se adelanta y lo aborda.

LUNATICO: Tres veces fui a Jerusalén, dos a Roma y cuatro a Santiago. Y volví con bien siempre, yo y los que me acompañaban. Doy suerte. Conozco el camino tan bien como el huerto de mi casa y allí a donde yo voy, hay milagro. Yo antes era mudo, ¿sabes hermano? Si buscas compañero yo soy el mejor que podrás encontrar de aquí a Roncesvalles.

El peregrino no le hace ni caso.

LUNATICO: Cada día saben más.

EL: Y vienen menos (al gallofo viejo). ¿Por cuenta de cuántos vas tú?

GALLOFO: Por cuenta de dos.

EL: No harás ni para la comida.

GALLOFO: Tanto me da. Con tener con quien ir y venir a Compostela una vez más, me doy por satisfecho. Esto ya no es lo que era. Va a hacer dos años que nadie me confía una promesa.

EL: Sabrán que no siempre las cumpliste todas.

GALLOFO: ¡Qué van a saber! Es por la edad. Creen que estoy viejo de más para un trabajo así y echan de cuenta que en una de estas, ni llego.

EL: Vete a Ostabat e haz invierno allí. Sé de uno que falsifica muy bien las Compostelanas. Te ahorraría el viaje. Yo lo he hecho más de una vez y coló siempre.

GALLOFO: No. Uno de los dos por quien voy, quiere obtener prebendas y no me importaría engañarlo, pero el otro quiere curar de un mal que lo tiene encamado desde hace tres meses. No tendría perdón de Dios dejar que se pudriese en el lecho.

EL: Venga, que nos conocemos de viejo. A ti nunca te importó eso. Se pudrirá igual vayas o no. El Apóstol no mira por todos los que mandan a alguien a su sepulcro.

GALLOFO: Por los que yo fui miró siempre.

EL: Pues debió mirar con un ojo cerrado, porque la mayoría de los que yo sé, murieron lo mismo.

GALLOFO: Pero al principio mejoraron.

Ríen los dos.

EL: Iré yo por ti. De balde.

GALLOFO: Te lo agradezco, amigo, pero no. Otro invierno sin andar y se me entumecen las piernas. Iré a Compostela así se abran las puertas del cielo y el camino se vuelva la mar oceánica misma. No sé hacer otra cosa.

Cruza un hombre sin piernas en un carro de ruedas pequeño. Va pidiendo limosna.

EL TULLIDO: ¡Limosna para este pobre impedido a quien la desgracia privó de hacer tan santo y piadoso viaje!

Se le acerca un peregrino, saca su bolsa y le da unas

monedas. La lleva llena. El del carro coge las monedas y se va. Al pasar al lado del lunático y de los gallofos les chismorrea algo al oído.

EL TULLIDO: ¿Visteis a ese que me dio limosna? Tiene la bolsa llena de monedas. Limpiarlo. ¡Limosna para este pobre impedido a quien la desgracia privó de hacer tan santo y piadoso viaje!

EL: Santón. Tu enrédalo con una de tus mañas, y este y yo, mientras, lo limpiamos. Iremos a partes iguales.

SANTON: ¡Hecho!

El santón se acerca al peregrino haciéndose el ciego.

SANTON: ¿Vais hacia Compostela, hermano?

PEREGRINO: ¡Si Dios y el Apóstol quieren, señor!

SANTON: ¿A ganar la gloria?

PEREGRINO: A ganar el perdón.

SANTON: Ese camino tiene vueltas de más para quien como tú aún puede ver salir el sol y brillar la luna, pero se vuelve un camino sin fin para quien como yo vive en un oscuro perpetuo. ¿Podría ir contigo, amigo mío? Es sabido que el Apóstol mira mejor a quien va hasta él por caridad que a quien lo hace por soberbia.

Mientras el santón habla con el peregrino, él le va quitando la bolsa sin que se entere. Cuando lo consigue e intenta pasársela al gallofo viejo, aparece la muchacha y se lo impide.

ELLA: ¡Deje eso donde estaba!

EL: ¡Vete de aquí, muchacha!

Ella saca un cuchillo y se lo asienta en el cuello.

ELLA: Mientras viaje por mi cuenta guárdese de enredar en ciertas labores.

EL: Nada hablamos de eso cuando cerramos el trato.

ELLA: Lo hacemos ahora, que aún estamos a tiempo. ¡Devuélvale la bolsa!

El santón y el otro viejo la rodean dispuestos a saltar sobre ella.

EL: ¡Dejadla! Es asunto mío.

Ella echa mano a la bolsa y se la devuelve al peregrino.

ELLA: Tome y váyase. Y de aquí en adelante tenga más cuidado con ella.

EL: ¡Hágale caso! Este camino se vuelve muy difícil si lo hay que hacer sin bolsa o con ella vacía.

El peregrino hace lo que le dicen.

EL SANTON: ¿Es esa la dama con la que vas a hacer el camino atajando?

EL GALLOFO: Embraveció un poco desde que la dejaste.

EL: Amansará de un momento a otro.

Se deshace de ella, le quita el cuchillo y pasa a ser él quien se lo asienta ahora en la garganta.

EL: ¿Qué se siente muchacha?

ELLA: Asco.

EL: Algunos además sentimos miedo. ¿Trabajas siempre con tan buenas herramientas?

ELLA: Sólo a veces.

EL: Esta, de ahora en adelante, la guardaré yo. Tú podrías cortarte.

La suelta y guarda el cuchillo.

EL: ¡La madre que me parió! ¿En qué estaría yo pensando cuando decidí dejarme meter en este enredo?

ELLA: Si vuelve a ponerme la mano encima lo mato.

Oscurece.

VI

EL AUGURIO

(1)

RUINAS DE UNA CAPILLA

Al pie del fuego. Al anochecer, él calienta las manos en la lumbre, mientras ella lo prepara todo para acostarse.

EL: Era un verdadero peregrino. A él el dinero sólo lo alejaría del camino de Dios, pero a nosotros nos haría el viaje más llevadero.

ELLA: Eran suyos.

EL: ¿Y a quién le importa eso? El dinero es de quien lo tiene, sea cual sea la maña con la que se haga con él.

ELLA: No quiero que lo prendan antes de haber terminado el trabajo para el que lo contraté.

EL: ¿Serán razones las que le falten a la justicia para prenderme? Tengo demasiadas cuentas pendientes, muchacha. Una más ni se notarían. ¿Te puedo hacer una pregunta?

ELLA: ¿Cuál?

EL: ¿Lo harías?

ELLA: ¿El qué?

EL: Matarme si te vuelvo a poner la mano encima.

ELLA: Sí.

EL: Nunca está de más saberlo. ¡A dormir! Mañana tenemos que llegar al Alto de Cira antes de que anochezca. Quiero ver al Loco.

ELLA: Esa vuelta nos retrasa, no iremos.

EL: ¡Escúchame bien, jovencuela! Nunca me echo al camino sin saber cual es su augurio y non vas a ser tú quien me cambie.

Oscurece.

(2)

EN LA CUEVA DEL LOCO DE CIRA

Es noche cerrada. El gallofo tira del vino con avidez, mientras el Loco, un anciano arapiento, trajeado tal que si fuese el mismísimo Apóstol Santiago, galopa a lomos de un caballo improvisado con maderas y trapos viejos.

LOCO: ¡Llegas al anochecer, me regateas el vino, y traes mujeres aquí sabiendo que todas ellas son semilla de pecado!

EL: ¡La puse fuera en cuanto me lo advertiste!

LOCO: ¡Ya era tarde!
EL: Temprano o tarde, ¿me vas a decir de una vez qué novedades te trajo el viento de la bondad del camino?

LOCO: No vayáis.

EL: ¿Por qué?

LOCO: ¿La cataste?

EL: ¿Te hice una pregunta?

LOCO: Y yo otra. ¿Dime? ¿Eh? ¿La cataste?

EL: Cada noche desde que la conocí.

LOCO: Tiene la piel tierna, ¿no? Y las tetas derechas como...

EL: (Alterado) ¡A lo nuestro, Loco de Cira! ¿Por qué dices que no vayamos?

LOCO: Nunca le levantes la voz a un Apóstol del Señor engalanado con los atributos de la santidad, si no quieres que caigan sobre ti todas las plagas que cayeron sobre Egipto más una que no te diré por... ¿El vino? ¿Dónde está el vino?

Le pasa la pelliza del vino y el Loco bebe de ella con fruición de sediento.

LOCO: ¿Llevas salvoconducto?

EL: Nunca lo necesité.

LOCO: Las cosas ya no son lo que eran. El invierno está siendo muy duro ahí abajo. Los ríos bajan llenos y los lobos hambrientos. Esta es mala hora.

EL: Ninguna fue buena, y tú lo sabes.

LOCO: Ninguna fue como ésta. Escucha. El miedo se ha apoderado de los peregrinos y es suficiente con que te crujan los dientes o mees más claro de lo común para ser tomado por maníaco, endemoniado o loco. Incluso a mí me tienen tomado por tal. Tendréis que cruzar los ríos por puentes que no tengan peaje, o buscando a algún vecino del lugar que os diga de los buenos pasos.

EL: Nos apartaremos de los penitentes y abriremos nuestro propio camino pidiéndole ayuda a la suerte o a las estrellas.

LOCO: ¿Quieres consejo o porfía? El consejo ya está dado y de las porfías debieras saber que siempre me aparto. ¡No vayáis! ¡No vayáis!

EL: Dime otra cosa nada más.

LOCO: ¿Cuál?

EL: ¿Volveremos?

LOCO: ¡Rediós! ¿Quién es el loco aquí?

EL: (Sacándole el vino). ¿Volveremos?

LOCO: ¡Y yo que sé!

EL: ¿El viento non habla de eso?

LOCO: ¡Pues claro!

EL: ¿Y qué dice?

LOCO: ¿De verdad quieres saberlo?

EL: ¡No vine aquí para recordar lo loco que estabas o lo mucho que te gustaba el vino!

Se lo devuelve.

LOCO: ¡Pues debieras! (Bebiendo otra vez) El viento dice que echarse al camino al lado de mujer entera siempre fue un feo asunto, pero que hacerlo llevando dos es tentar con soberbia de más a la diosa fortuna.

EL: ¿Cómo sabes tú eso?

LOCO: Aquí arriba se saben muchas cosas. Una te ablandará el sentido y la otra te hará trizas el alma. ¿No lo entiendes?

EL: ¿Volveremos?

LOCO: Tú no volverás nunca.

Oscurece.

(3)

EN EL ALTO DE CIRA

Al lado del carro. Al amanecer, el gallofo está borracho como una cuba. La muchacha le mete una y otra vez la cabeza en un balde de agua.

ELLA: ¡El vino lo compramos para él y no para usted, borracho de mierda!

EL: ¿Y qué culpa tengo yo si además de alocado es generoso?

ELLA: ¡Generosa lo voy a ser yo, pero con el agua!

EL: Me va a coger un mal aire. Y tú non querrás eso, ¿o sí?

ELLA: Es tal la mierda que tiene encima que hasta los bichos en la enfermedad más mezquina se apartarían de su pellejo.

Vuelve a meterle la cabeza en el agua.

EL: ¡No, otra vez no!

ELLA: Tantas como hagan falta hasta verlo despierto. Hace horas que teníamos que estar de camino.

EL: ¿Tienes mucha prisa en morir a manos de ese caballero engreído?

ELLA: ¿Fue eso lo que auguró el de Cira?

EL: (Revolviéndose cabreado) ¡Ya está bien! (Después de secarse un poco). El de Cira sólo me dijo lo que les dice a todos. Que iremos y volveremos con bien, que él nos guarda.

ELLA: ¿Y para escuchar esa tontería echó la noche a su lado?

EL: No, la eché para emborracharme de balde.

Oscurece.

VII

DIOS ESTA CON NOSOTROS

(1)

SUBIENDO UNA CUESTA

Al mediar el día, en el centro de una fuerte ventisca, el gallofo tirando del carro y ella empujando detrás, el bramido del viento los obliga a hablar a gritos.

EL: ¡Muchacha! Hay ciertas cosas de mí que conviene que conozcas.

ELLA: ¿Cuáles?

EL: Hablo poco y escucho menos. Solamente me lavo en días señalados: Por San Juan, que es fiesta de guardar. Cuando voy a ver a Galiana. Y antes de poner los pies en Compostela.

ELLA: Se ve que la tal Galiana, además de compango vende consuelo.

EL: A algunos nos lo regala. Es la mujer más hermosa del camino. Si el viento amaina y nos deja, de aquí a dos noches llegaremos a su posada.

ELLA: ¿Algo más?

EL: Sí. El vino, aunque vaya por cuenta de otros, lo

compro yo siempre. Nunca pido limosna, ni robo a nadie que tenga menos de lo que tengo yo. Y no consiento que husmeen en mis cosas. En especial en las que llevo en el carro. Nunca lo olvidés.

ELLA: Pierda cuidado.

Oscurece.

(2)

BAJÁNDOLA

Al atardecer, calmó el tiempo. Ahora es ella la que tira y él el que empuja del carro.

EL: ¿No hay nada de ti que a mí me convenga saber por si acaso?

ELLA: Sí.

EL: ¿Lo qué?

ELLA: Que no doy amores de balde. Y que para guardarme de cuanto gallofo viejo pueda pensar lo contrario, suelo poner a razonar por mí a este cuchillo afilado que de nuevo llevo conmigo.

EL: Está bien saberlo. Sobre todo para quien como yo nunca pago amores aún necesitando de ellos como cualquier cristiano.

Oscurece.

(3)

EN LA RIBERA DE UN RÍO

Al amanecer, él está meando y ella lavando la cara o peinándose.

EL: ¿Cómo me lo quitaste?

ELLA: ¿Lo qué?

EL: El cuchillo.

ELLA: Mientras estaba más ocupado en querer meterme la mano en la entrepierna que en guardarlo.

EL: ¿Yo hice eso?

ELLA: No. Debí soñarlo.

EL: ¿Cuándo?

ELLA: El otro día. Cuando llegó borracho, después de estar con el de Cira.

EL: Haces bien en guardarte de mí. No soy de fiar habiendo mujeres por el medio.

ELLA: Usted no es de fiar aún que no las haya.

EL: También en eso te tengo que dar la razón. ¡Dime una cosa!

ELLA: ¿Qué?

EL: Sólo por matar el gusanillo. ¿Conseguí tocártela?

Oscurece.

(4)

CERCA DE UN PETO DE ÁNIMAS

Al mediodía, comiendo algo al pie del carro.

EL: ¿Es cierto eso de que nunca diste amores gratis?

ELLA: Alguno he dado.

EL: ¿A él?

ELLA: A él nunca. Se fue sin pagármelos que no es lo mismo.

EL: Se fue porque le fiaste. ¿Le fías a todos?

ELLA: Era un caballero de fama y fue bueno conmigo mientras duró aquello.

EL: ¿Y duró mucho?

ELLA: Dos semanas. El tiempo que tardaron en mejorarle las heridas.

EL: Dos semanas son mucho tiempo. Más del que se precisa para que una pobre ingénuo como tú, olvide todo lo aprendido y caiga en la estupidez de creerse enamorada de un hijo de puta a caballo.

ELLA: La estupidez es creer que las cosas sucedieron así. No le cogí aprecio. Solo intenté hacer lo mejor posible mi trabajo.

EL: ¿Se lo tienes a alguien?

ELLA: ¿El qué?

EL: Aprecio.

ELLA: Aparte de a mi hija, no.

EL: Porfías de más en negarlo.

ELLA: Y usted en preguntármelo.

Oscurece.

VII

BESOS DE BALDE

(1)

EN LA POSADA DE GALIANA

Una puta joven enreda con un palafrenero, mientras otra les sirve vino a unos peregrinos que apuran entre carcajadas los restos de su cena. Se abre la puerta y aparecen ellos.

EL: ¿Dónde está ese potrillo brincador que se vanagloria de haber visto desfilar por su a cama más peregrinos que el Apóstol por su santo sepulcro? ¡Galiana! ¡Galiana!

Otra puta, Camila, sale de una de las puertas interiores componiendo las ropas y el pelo. Detrás de ella lo hace un hombre subiéndose los calzones apuradamente.

CAMILA: ¡Vaya! ¡Ya iba siendo hora, condenado! ¿Qué vienes, a pagar lo que debes?

EL: ¡Si tuviera con qué, ya sabes que pagaría eso y más con tal de poder saborear otra vez las mieles de vuestros labios!

CAMILA: ¡Ven a mis brazos, bribón! Hace dos años que te damos por muerto.

EL: Y lo estoy, siempre que no os tengo a mi lado. ¿Dónde está Galiana?

PUTA 1: Si no fuera por lo holgazán y guarro que eres, te reteníamos con nosotras para siempre.

EL: En lo de la holgazanería estáis en lo cierto, pero en lo demás, no. Me deshago de la roña delante de dos grandes acontecimientos de cada viaje, y vosotras lo sabéis mejor que nadie. Al llegar a Compostela y al venir a verla a ella.

PUTA 2: (Sacudiéndole el polvo) Esta mugre lleva meses contigo.

EL: Los que me tardaba veros.

Abraza a cada una de ellas. La muchacha lo mira todo con cierto reparo.

CAMILA: No cambiarás nunca.

EL: ¡No señor! Me encuentro bien siendo como soy. Lo único que no me gusta de mí son los años.

CAMILA: ¿Se te hacen más llevaderos viajando con incluseras?

EL: Esa, Camila, ahí donde la ves, ha paseado más hombres por su entrepierna que pelos quedan en mi cabeza.

PUTA 1: ¿Y los pasa bien?

EL: ¡No lo sé! No da amores de balde y yo, como sabeis, nunca los pago. ¡Viajo por su cuenta y no por sus favores! (A ella) Son metidas y de mal encaro, pero de buen corazón. ¡Cena caliente y cama limpia para ella, y mujer dispuesta y noche duradera para mí! ¡Galiana! ¿Dónde demonios se esconde ese prodigio de la naturaleza?

CAMILA: Es inútil que llames por ella. No vendra.

EL: Decidle quién está aquí. Si ocupa su tiempo con otro, dejará la labor y vendrá a darme un beso.

CAMILA: Esta vez no, amigo.

EL: ¡Esta y todas! ¡Lo hizo siempre! ¿Por qué iba a dejar de hacerlo ahora? ¡No sería la Galiana que aprecio si hubiese cambiado tanto!

CAMILA: Cambió bastante...

Oscurece.

(2)

EN LA TUMBA DE GALIANA

En la cima de una colina yerma. Una cruz de palo sencilla y solitaria recortada sobre la oscuridad del cielo, señala el lugar donde Galiana reposa para siempre. El se arrodilla a su lado.

EL: No te traigo flores. Ni se me dan los rezos, ya lo sabes. Eso sí, traigo vino suficiente como para emborracharme como está mandado en tu memoria. Supongo que no te importará. Sería lo que me gustaría que hiciesen mis amigos para dolerse por mi perdida. ¿Me estoy poniendo sentimental de más? Querer, no quisiera pero... ¡Rediós, Galiana, siempre he creído que la gente como nosotros no moría nunca! Que durábamos siempre. ¡Y ya ves! Tú aquí, ella en el carro, yo... Pudiste esperar a que volviese. Eras de lo poco bueno que le quedaba a este puto camino. Y a mi vida. Te llevaría también a ti si me diesen las fuerzas, pero, mírame; viejo, cansado, con más fuerzas en el pico que en las espaldas o en las piernas. ¡Esa condenada que te llevó ya me ronda a mí también! ¡A todos en este camino! El de Cira dice que este será mi último viaje y presiento que acierta.

Aparece la muchacha por el fondo de la ladera y aguarda allí, a una distancia prudente.

EL: Aunque mediara el Apóstol, que no tendría por qué, bastante haría con dejar que llegara a Compostela con bien.

ELLA: Nuestro amigo pasó por aquí hace siete días. Si queremos darle alcance debíamos seguir camino.

EL: Lo que son las cosas, ¿eh Galiana? Unos deseando jugársela a la muerte y otros apurando tras ella.

ELLA: Dicen que antes de morir le mandó un beso y se dolió de no haber visto nunca el mar.

EL: Yo iré a verlo por ella.

Oscurece.

(3)

YERMO ADELANTE

Al atardecer, en medio de una nevada, él tira del carro y ella lo sigue detrás. Le cuesta andar.

ELLA: ¿Tanto la quería?

EL: La queríamos muchos. Era un respiro en esta mierda de camino. Si teníamos dinero no nos dolía gastarlo en ella, y si no lo teníamos, ella no por eso dejaba de aliviar nuestra fatiga o nuestras penas lo mismo.

ELLA: Debió ser una gran mujer.

EL: Lo era. A su cuerpo y a sus noches les ponía precio, pero el cariño lo regalaba siempre.

ELLA: Cada uno le pone a su cariño el precio que quiere. Por mí no llorará nadie nunca.

EL: Pues una lágrima no es mal precio.

ELLA: ¡Bobadas! Las lágrimas no la mantienen a una. Y menos las que se vierten cuando ya somos pasto de los gusanos.

La muchacha no puede más y se detiene.

EL: ¿Estás cansada?

ELLA: Sí.

Deja el carro y se le acerca.

EL: Sube en el carro.

Ella sola no puede. Le ayuda él.

EL: (Con ella en los brazos) ¡Muchacha!

ELLA: ¿Qué?

EL: ¿Cuánto cuesta un beso tuyo?

Librándose de él.

ELLA: A usted lo que a mí el viaje, vino y comida aparte.

EL: ¡Eh! ¡Eh! Que el vino quedamos en que iría por cuenta de los dos.

ELLA: No en mi trato.

El vuelve a echar mano del carro y sigue camino entre la nieve, que no cesa de caer.

Oscurece.

VIII

EL RASTRO DE LA MUERTE

(1)

EN UN SOTO

Al anochecer. Preparándose para dormir. Ella ya está acomodada. El anda todavía revolviendo en las cosas que lleva en el carro, coge la piel de oso para guardarse el frío.

EL: ¿Oíste hablar de Gastón de Pierrain?

ELLA: Sí.

EL: Alcanzó fama por haberle dado muerte a un lobo con los dientes.

ELLA: Lo sé.

EL: Yo le di muerte con los dientes a un oso y nadie

me conoce por eso. Claro que muy pocos lo saben. Cuando lo cuento nadie me cree. Fue cerca de aquí, a orillas del río. Los dos estábamos muertos de sed y, o bebía él o bebía yo. Tenías que verlo, era grande como un castaño viejo. Me dio su trabajo hacerme con él y beber primero. De un lado, por hombre, y de otro, porque si bien los dos avistáramos el río a un tiempo, él llegara antes, así que era suyo y no mío el turno. El asunto fue que estando en esas... ¡Eh! ¿Me estás escuchando?

Ella duerme ya roncando ostensiblemente. El coge la piel de oso y se la echa por encima con cuidado de no despertarla. Por un momento parece que, aprovechando la ocasión va a robarle un beso, pero luego desiste y se duerme también.

Oscurece.

(2)

CONGOSTRA BOScosa

El gallofo posa el carro y mira atentamente hacia los árboles que bordean el camino.

EL: ¿Qué fue eso?

ELLA: ¿Lo qué?

EL: ¿No oíste nada?

ELLA: No.

EL: Me pareció sentir a alguien entre la maleza.

Ella se sienta a la sombra y echa un trago de vino.

ELLA: Yo no sentí a nadie.

EL: Serán cosas mías.

El se sienta a su lado.

EL: ¿Y si te lo robase?

ELLA: ¿Lo qué?

EL: El beso. Qué me harías si te lo robase.

ELLA: ¡Rediós y presume de callado! ¡Atrévase y lo sabrá!

EL: ¡Dios y el Apóstol Santiago me guarden! Nunca tuve intención de hacer tal cosa. Era simple curiosidad.

Antes de acabar de hablar, se echa encima de ella y la atenaza entre sus brazos.

EL: (Riendo) ¿Y ahora qué, muchacha?

ELLA: Ahora nada. Suélteme con mucho cuidado y dispóngase a darle mejor uso a sus mañas que el de robarle un beso a quien no se lo daría ni pagando. Tenemos visita.

Se escucha un gran estruendo de hierros viejos, como si acabaran de caer un mundo de ellos. El gallofo no lo piensa dos veces, echa mano de la piel de oso y se pone a cuatro patas imitando una vez más aquel bramido fiero. Ella tira de cuchillo, se levanta y encara al visitante.

EL: ¡Gruaaaggg! ¡Pensásteis que podríais pillarnos desprevenidos, ¿eh?!

ELLA: Si dais un paso más os abro el estómago.

De entre la maleza sale un caballero malherido, con el resplandor de la armadura apagado por la sangre que le brota de las heridas. Tiene una hendidura en el yelmo y otras en los brazos y en la pechera. Camina lastimosamente, como a ciegas, apoyándose en el espadón.

EL MALHERIDO: Disculpen mi torpeza. No quería asustarlos. ¿A quién tengo el alto honor de dirigirme?

ELLA: ¡Ni honor ni centellas! Manténgase alejado de nosotros si no quiere que lo azucemos al oso.

EL: (Imitando el rugido de la fiera) ¡Gruaaaagggg!

EL MALHERIDO: Pierdan cuidado. Voy de paso.

ELLA: Pues pase cuanto antes.

EL MALHERIDO: ¿Sabrían decirme si voy bien por aquí para la parroquial de Estella?

ELLA: (Sin bajar la guardia). A cinco horas de viaje, tomando ese camino de la derecha.

EL MALHERIDO: Dios se lo pague.

Quiere seguir camino pero cae derrumbado otra vez.

EL MALHERIDO: Guárdense de morir de un espadazo incertero. Y más si es en la cabeza. Es una desdicha que no desearía ni para el peor de mis enemigos. La sangre va cayendo en los ojos, y llega un moento en que uno no puede abrirlos, y tiene que andar a tientas para acertar del camino de vuelta. La muerte se hace de rogar y la razón y los demás sentidos, no nos dejan de golpe sino poquito a poquito, hasta llegar a este terrible momento en el que ya no se sabe si se es alma en pena o si todavía se sigue vivo. ¿Qué dirían que soy yo? Que el Apóstol les de buen viaje.

Se levanta del suelo y sigue su incierto camino tropezando contra la maleza y dejando olvidado el espadón a los pies de la muchacha.

ELLA: ¡Espere!

Coge la espada y se la entrega.

ELLA: Olvida esto.

EL MALHERIDO: (Cogiéndola) Pobre de mí. Aún he de extraviar el alma en una encrucijada cualquiera, antes de llegar a Estella.

ELLA: (Ya más confiada) ¿Quién lo dejó así?

EL MALHERIDO: Mezquindades de las armas. No estaba sobrado de gloria y desafié a un caballero, pensando que sería capaz de vencerlo.

ELLA: ¿Iba a Compostela?

EL MALHERIDO: En un caballo blanco y alardeando de haber vencido a seis o siete en lo que lleva de camino.

ELLA: ¿Dónde fue el desafío?

EL MALHERIDO: En Cuevas.

ELLA: ¿Cuándo?

EL MALHERIDO: Hoy mismo.

ELLA: ¿Y él? ¿Salió bien parado?

EL MALHERIDO: Ni un rasguño siquiera.

Se va como viniera, tropezando con todo y besando el suelo a cada paso.

ELLA: (Al gallofo) ¿Escuchó eso?

El abandona la piel de oso y rompe a reír.

EL: (Riendo) Sí.

ELLA: ¿Y qué le hace reír?

EL: Nada. Cosas mías.

ELLA: Sólo los estúpidos se ríen por nada.

EL: Seguramente hay peste de estupidez y estamos contagiados todos. (Burlándose de ella) ¿Y él? ¿Salió bien parado?

ELLA: ¡No le veo la gracia!

EL: Pues la tiene.

Tira de la muchacha bruscamente y provoca que el cuchillo caiga al suelo y ella en sus brazos.

EL: ¡Muchacha! ¡Me debes un beso! ¿Recuerdas?

ELLA: (Con ironía) ¡Es otra cosa la que le debo!

EL: ¿Cuál?

ELLA: (Dándole un rodillazo en sus partes) ¡Esta!

El viejo se encoje de dolor y cae de rodillas. Ella vuelve a hacerse con el cuchillo, y agarrando al viejo por las melenas, se lo asienta en el gaznate.

ELLA: Non se lo repito más. Si vuelve a ponerme la mano encima, lo mato.

Soltándolo.

ELLA: ¿A cuánta distancia está Cuevas?

EL: A más de la que estoy dispuesto a andar a estas horas.

ELLA: ¡Tenemos que llegar allí antes de que abra el día.

EL: Nunca daremos llegado.

ELLA: ¡Tenemos que intentarlo.

EL: No cuentes conmigo.

ELLA: (Amenazándolo con el cuchillo) ¡Andando!

Oscurece.

(3)

A LAS PUERTAS DE CUEVAS

Al amanecer, en un descampado, hay un hombre con ellos.

HOMBRE: ¡Sí señor! Fue aquí, aquí mismo. Yo lo vi todo. Arrió al de Estella del caballo en la primera investida. Luego bajó del suyo de un salto y se fue hacia él con el espadón por delante. El otro se levantó del suelo tambaleando, fue por su acero y le plantó cara. El primer golpe se lo atajó, pero el segundo le entró ya por la base del penacho y cayó a sus pies listo para recibir el de gracia. Y antes de que pudiéramos darnos cuenta ya lo rematará. No como se hace aquí, abriéndole el pecho, no. Sino partiéndole la cabeza de un espazado limpio y seguro, que es como él les hace a todos, dicen que, para que no tengan tiempo de ponerse a bien con Dios o de despedirse del mundo.

EL: ¿Cómo es?

HOMBRE: Como un toro talmente.

ELLA: ¿Donde tenía el próximo desafío? ¿Se sabe?

HOMBRE: Se dice que de hoy en dos días tiene otro en Nájera.

ELLA: Y hace mucho que salieron.

HOMBRE: Esta mañana. Al alba.

EL: Sé de un atajo por el que llegaremos antes que ellos.

ELLA: Pues vamos.

HOMBRE: Yo lo pensaría bien antes. A ése non hay quien lo pare hasta llegar a donde el Apóstol. Es mucho hombre de Nuestro Señor.

EL: Espera a que se tropiece con ésta.

Oscurece.

(4)

EN UN LODAZAL DEL CAMINO

El carro se ha atascado en el fango. Empujan los dos por él infructuosamente.

EL: ¡Los dos a la vez! ¡Ahora!

El carro ni se mueve.

EL: Es inútil. No hay quien lo mueva.

ELLA: ¿Y qué piensa hacer?

EL: Esperar.

ELLA: ¿Esperar a qué?

EL: A que seque la lama o venga alguien a ayudarnos.

ELLA: Así nunca lo alcanzaremos.

EL: Mejor.

ELLA: Podríamos aligerarlo de peso.

EL: Sí, pero non va a hacerse.

ELLA: ¿Por qué?

EL: Estoy cansado.

ELLA: (Muy dispuesta) ¡Lo haré yo!

EL: (Muy cortante) ¡Ni te atrevas!

Oscurece.

(6)

EN LAS AFUERAS DE ARLANZÓN

Se cruzan con un entierro. Es el de otro caballero vencido también en desafío por el que marcha hacia Compostela. Dejan que pase en silencio, y cuando la comitiva se pierde en la lejanía.

ELLA: (Alterada) ¡Dimos con su rastro en Cuevas, en Nájera, en Arlanzón! ¡Y la historia siempre es la misma! Para cuando nosotros damos llegado él ya se fue y de su estancia sólo queda el ronsel de muerte que va dejando a su paso.

EL: ¿Y yo qué quieres que haga?

ELLA: ¡Quiero que cumpla lo que acordamos! Le pagué para hacer el viaje con ligereza.

EL: Me pagaste para hacerlo por los atajos y por ellos venimos, muchacha. De andar a las carreras no hablamos nada.

ELLA: ¿Qué lleva en ese carro de tanta valía?

EL: Eso es asunto mío.

ELLA: ¿Por qué no lo deja de una puñetera vez y seguimos el viaje con lo puesto?

EL: Lleva conmigo toda la vida. Estaba conmigo ya cuando cerramos el trato.

ELLA: Pues escuche bien lo que le digo. O hace por encontrar en donde dejarlo o tira de él como si estuviese vacío.

EL: ¿Y si no hago ni una cosa ni la otra?
ELLA: (Con el cuchillo en la mano) ¡Lo hará!
EL: (Riendo entredientes). Tenemos que comprar más vino (exprimiendo el pellejo). Mira, el que había se ha evaporado.

Oscurece.

IX MILAGROS Y MARAVILLAS

(1)

ENTRE ENEMIGOS

En una taberna. Un predicador con semblante y mirar alocados, sermonea desde encima de una mesa. Los presentes; peregrinos cansados, busconas y borrachos, lo escuchan con atención.

PREDICADOR: Os dicen que vais siguiendo un camino que os lleva derechos al cielo, pero mienten. Es al infierno a donde ese camino os conduce. ¡Compostela! ¡Tierra Santa! ¡Santa Helena! ¡Roma!

Entran ellos sin prestarle demasiada atención. Se acercan al tabernero y le dan el odre del vino.

EL: ¡Llénela!

PREDICADOR: ¿Qué esperais encontrar allí? ¿El cuerpo del Apóstol? ¿El brillo de su reflejo en la gloria? ¿Sabeis si de cierto está allí o si es él o es otro? Y aunque lo fuese, ¿qué otra cosa sería ya además de un cuerpo muerto, un cráneo vacío y unos huesos enmohecidos? Lo mejor de él está ya en el cielo.

El tabernero vuelve con el vino.

EL: (Al tabernero) ¿Al parecer no les llega con las iglesias y con los hospitales, que tienen que venir a salmodiar aquí?

TABERNERO: Es un loco. No le hace mal a nadie.

EL: A mí, sí.

TABERNERO: Pues no lo escuche. Por la misma puerta por la que ha entrado, puede salir.

EL: Hágalo callar.

TABERNERO: ¿Yo? Ni lo sueñe.

El predicador sigue a lo suyo.

PREDICADOR: Si llegásemos a las puertas del infierno y preguntásemos a los condenados: ¿Hay alguien de entre vosotros que haya ido a Compostela? Miles de almas responderían a un tiempo, ¡hemos ido! ¡Hemos ido! Y sería cierto. Más no por eso dejarían de estar condenados lo mismo. ¡A Compostela solamente viajan los locos, los endemoniados o los ingénuos!

EL: A veces también lo hace un gallofo viejo.

PREDICADOR: Pues que Dios se apiade de él.

EL: (Se pone a dar palmadas mientras sube a otra de las mesas) ¡Bravo! ¡Bravo! Hace unos años escuché ese mismo recado y le juré a quien me lo estaba dando, que si lo volvía a ver cerca del camino sería de él de quien Dios tendría que apiadarse. Puesto que ahora se encuentra aquí y esta santa ca-

sa, a mi entender, está en el camino, he de pensar que Dios no le tiene demasiado aprecio a ese del que hablo, y lejos de apiadarse de él, quiere que éste, su humildísimo siervo, tal y como entonces jurara, baje de esta mesa, se acerque a ese cabrón, y le parta la cara.

Hace lo que dice y se echa a él con intención de partirle la cara. Ella, ayudada por algunos de los presentes, aguanta de él y se lo impide.

EL: ¡Mal rayo te parta!

ELLA: ¡Estese quieto!

EL: ¡Suéltame! Este es un viejo pleito entre él y yo.

ELLA: Que tendrá que resolver en otro sitio y de otra manera.

El predicador al verlo bien sujeto, aprovecha y continúa salmodiando con más ímpetu, si cabe.

PREDICADOR: ¿Lo estáis viendo? He ahí un claro ejemplo de cuanto vengo diciendo. ¿Pueden sus palabras negar la certeza de que este camino se vacía a cada instante porque sólo los que se enriquecen a sus espensas le siguen teniendo la fe que los hombres de bien ya le perdimos? Por la boca de ese gallofo y de cuantos son como él, es el mismo demonio quien habla. ¿Y sabéis por qué? ¡Porque quien mucho peregrinó, poco santificó! ¡Quien mucho peregrinó, mucho pecó! ¡Quien mucho peregrinó, mucho ofendió a Dios!

EL: Y a quien tantas barbaridades dice, le acaba creyendo el rabo.

ELLA: ¡Quiere callarse! ¡Salgamos de aquí!

La muchacha y los otros tiran de él hacia la puerta.

PREDICADOR: ¿Cuál puede ser la santidad de una peregrinación que tiene como mejor valedor a quien sólo la hace por cuenta de extraños?

EL: (Saliendo ya) ¡No siempre, hijo de puta!

Oscurece.

(2)

EN UNA FUENTE

Le dieron una paliza. El se moja la cara, mientras ella le limpia las magulladuras.

ELLA: ¿Le duele?

EL: Sí. Pero no los golpes. El espíritu.

ELLA: ¿Y desde cuándo tiene usted de eso?

EL: ¡Y esos cabrones y tú, en lugar de ayudarme! ¿A ti también te zoscaron?

ELLA: Lo justo para quitarme de en medio y poder darle a usted a placer.

EL: ¡La madre que los parió!

ELLA: ¿Por qué se alteró de esa manera? ¿Tanto lo asusta escuchar que quizá lleve toda la vida conduciendo almas hasta el infierno?

EL: Me asusta que este camino se pueda acabar algún día.

ELLA: ¿Por los muchos que vivimos de él?

EL: No. Nosotros siempre sabríamos vivir de otra cosa. Es por los que creen en él. Bastaría con que uno solo de los que lo han hecho por razones de fe, tu-

viere tanta como para ir hasta Compostela arriesgando el pellejo, para que fuese cierto que acerca a Dios y no al Diablo, por más que locos como ese intenten negarlo. Son los cabrones como él los que lo vacían. El miedo a los ladrones, al hambre o a las miserias, puede vencerse teniendo una buena razón para hacerlo. Ellos amedrentan la razón misma. ¡La destrozan! ¡La roban! Sin importarles que haya o no quien todavía siga precisando de ella para tener hacia donde ir erigidos.

ELLA: Por casualidad, ¿no será usted uno de ellos?

EL: ¿Y si lo fuese?

ELLA: Lo es, ¿no?

EL: (*Mira para ella en silencio y luego se levanta*) ¡Al camino, muchacha!

ELLA: Lo es, ¿verdad?

EL: ¡Mierda! ¡Dije que al camino, muchacha! ¡Al camino!

Oscurece.

(3)

EN UN DESCAMPADO

Anocheció hace ya tiempo. El, por los ronquidos, parece que duerme. A la luz de un fuego que se desvanece por momentos, se adivina la sombra de la muchacha acercándose con sigilo al carro. Cuando está a punto de llegar y mirar lo que lleva dentro, el gallofo deja de simular que duerme.

EL: (*Sin levantarse de donde está*) ¡Muchacha! Lo que va en el carro no te importa.

ELLA: ¿No duerme nunca?

EL: Siempre después del otro.

ELLA: Mal se cimienta la amistad con tantos secretos.

EL: Y peor no respetando los de quien precisa tenerlos.

ELLA: Cuando le hablo del carro se le desasosiega la mirada.

EL: A veces los ojos dicen lo que las palabras ocultan.

ELLA: ¿Y los suyos que andan diciendo?

EL: ¡Que llueve!

ELLA: ¿Qué lleva en ese carro? ¿Qué hace en este camino? Después de lo que llevo visto, ¿no pensará que voy a creer que lo hace solo por mi dinero?

EL: Quizá vaya a la búsqueda de un milagro.

ELLA: El Apóstol no le devolverá el sentido, ni los años.

EL: Pero puede que abogue por mí y haga que me des un beso gratis.

ELLA: Se lo daría antes al diablo.

EL: Según algunos, el diablo y yo somos uno mismo. Cuando quieras tener tratos con él, tenlos conmigo. ¿Qué te ocurre, muchacha? Si lo que crees descubrir en mis ojos te atemoriza, deja de mirarte en ellos, pero no insistas más en querer que te hable de aquellas cosas de mí, de las que yo no quiero hablarte.

ELLA: ¿Le da miedo?

EL: Es a ti a quien debiera dárselo.

ELLA: ¿Por qué?

EL: La respuesta a eso vale tanto como el beso que me niegas.

EL: (*Ofreciéndosele lerchona*) ¡Pues venga el beso!

EL: (*Hacia el cielo*) Mi señor Santiago, te agradezco el milagro, pero hoy no me vale en especias, lo quiero en cuartos.

ELLA: ¡Mierda!

Oscurece.

(4)

A LAS PUERTAS DE UN HOSPITAL

Una madre y su hijo, que vuelven de Santiago, les cuentan a los enfermos que esperan ser atendidos, el milagro con el que los agasajó el Apóstol. Ella pasa de largo, pero él se detiene a escucharlos.

LA MADRE: ¡Algunos de vosotros lo conocísteis! Pasamos por aquí no hace más de cincuenta días. ¿Antes de ir a ver a Santiago el Mayor, tenía o no el habla atorada?

Hay un murmullo como de asentimiento.

LA MADRE: ¡Desde que nació que no decía palabra! ¡El Apóstol obró en él lo que sólo obra en sus escogidos! ¡Le ha devuelto el habla! ¡Le ha devuelto el habla! ¡Oísteis! ¡El Apóstol le ha devuelto a mi hijo el habla! ¡Escuchadlo! ¡Escuchadlo! ¡Habla hijito, habla, que todos puedan oírte!

El muchacho con gran esfuerzo intenta decir algo, pero sólo acierta a barbullar unos sonidos ininteligibles y repugnantes.

EL HIJO: Gruaagggggtiiiiannn.

LA MADRE: ¡Es un milagro! ¡Es un milagro!

Se arrodilla, y con ella lo hacen el hijo y los enfermos que todavía quedaban en pie. Alguien comienza a entonar una canción de camino y lo siguen todos. La muchacha se acerca al gallofo.

ELLA: Si eso es un milagro, el Apóstol debe estar chacheando. Vaya chapuza de mierda. Puestos a devolverle el habla bien pudo enseñarle a usarla.

El gallofo tira del carro bruscamente y se van sin decir nada.

Oscurece.

(5)

CAMINO ADELANTE

En medio de la lluvia. El viejo delante tirando del carro con más prisa que la de común, y ella detrás a punto de quedar sin fuerzas, se deja caer en el barro.

ELLA: ¡No puedo más! ¡Se me salen los hígados por la boca! ¡Pare!

El para en seco y suelta el carro en silencio.

ELLA: No lo entiendo. Primero enreda cuanto quiere, buscando demorar el viaje, y ahora se le da por correr como una liebre asustada. ¿Qué quiere?

¡Que reviente! ¡Diga algo! Lleva tres días sin dirigirme la palabra. ¿Piensa seguir así todo el viaje?

El sigue callado.

ELLA: ¿Qué le molestó de lo que dije? (*gritando*). ¡Lo menos que puede hacer es mirarme cuando le hablo! ¡Yo no soy uno de esos atillos que lleva en el carro! ¡También tengo sentimientos y si he de pedir perdón por algo, quiero saber por qué es!

El se vuelve hacia ella y la mira en silencio.

ELLA: ¿Es por lo que le dije del Apóstol? ¿Es por eso, no? Si es por eso pierda cuidado. No tenía intención de faltarle. Me salió así. No pensé que fuese a cabrearlo tanto. Yo nunca le tuve mucha fe. No se la tengo a nadie, tanto si es pecador como si es santo, pero a él quizá menos que a otros. Los santos de verdad si quieren hacer algo por alguien, lo hacen y ya está. Basta con pedírselo. Pero se ve que a este no le llega con eso y quiere vernos a todos aquí, revolcándonos en la mucha mierda que este camino amontona, a sus pies, suplicándole el alivio de unos males que si él fuera quien dicen que es y quisiera, ya no debiéramos padecer nunca. ¿Dónde estaba él cuando, recién cumplidos los trece, fui forzada por siete santos peregrinos en un alto de su viaje hacia el perdón y la gloria? ¿Dónde, cuando mi madre me tuvo que poner al oficio para librarme del hambre, o cuando fue acusada de herejía y paseada en cueros por todo el camino, por decir menos de lo que yo llevo dicho aquí ahora? ¿Sabe por qué la prendieron? Por decir en público: ¡Tan malo está el tiempo que ni Dios lo pondría mejor! ¿Y sabe quien la denunció? Un fraile que venía de estar con ella en el lecho. Si para llevarnos bien en lo que pueda quedar de viaje, he de pedirle perdón, se lo pido y se acabó el cuento, pero no me diga a quien le debo o no tener fe.

EL: Vi a aquel muchacho en Harambels, antes de que fuese a ver a Santiago el Mayor y ni ese graznido emitía.

ELLA: Y yo fui niña y crecí, y usted hubo un tiempo en el que no sabía andar y ahora sube por las cuevas como una centella y los ríos en verano bajan vacíos y en inviernos llenos. ¿Qué quiere decirme con eso?

EL: Que a lo mejor era cierto.

ELLA: ¿Lo del milagro?

EL: ¡Ellos lo creían así!

ELLA: ¡No me haga reír!

EL: ¿Siempre te ríes delante de lo que no comprendes?

ELLA: (*Fuera de sí*) ¡No hay milagros! ¡No los hubo nunca!

El mira en silencio.

EL: Vamos, quiero que conozcas a alguien.

Vuelven a coger el carro y se van camino adelante.

Oscurece.

X DE FIDELIDADES Y DE SILENCIOS

(1)

EN UNA PLAZA DE CARRIÓN

Un juglar narra ante los peregrinos uno de los muchos milagros del Apóstol. Arropado por un estandarte presidido por una muerte ingénuo y carnavalesca. Ellos, junto con los demás peregrinos, escuchan y miran, sentado en el suelo.

JUGLAR: Dos peregrinos, uno de Génova y otro de Siena, hicieron promesa de ir juntos a ver a Santiago el Mayor. Uno de ellos murió mediado el viaje, y el otro, cumpliendo con lo acordado, cargó con su cuerpo al hombro y siguió camino adelante. Al llegar aquí le salió al paso un caballero blanco diciéndole: ¡Peregrino, deja ese cuerpo en el suelo, que la muerte lo ha comprado a buen precio y es ella quien lo ha de llevar! ¡No quiera Dios que tal haga! ¡Juramento he de cumplir, quedé de llevarlo hasta el sepúlcro del Apóstol, y allí con él pienso ir! Y entonces el Caballero lo convidó a subir en el caballo y hecho esto, de un brinco, zás, los plantó a los dos a los pies del sepúlcro del Apóstol Santiago. Hicieron cuanto es de precepto para rendir con bien el viaje. Y hecho esto, zás, de otro brinco, volvió el caballero a dejarlos donde los encontrara. El vivo se puso al camino otra vez cargando con el muerto a hombros, y después de muchas jornadas, llegados al lugar en que se conocieran, dio por cumplido lo acordado y se dispuso a enterrarlo. Más al ir a despedirse de él con un abrazo, vio que le volvía el color y que se echaba a sus brazos con más vida de la que tuviera nunca, diciendo ¡Amigo mío! ¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo! El caballero que nos llevó a Compostela era el mismísimo Apóstol Santiago.

Oscurece.

(2)

BAJO EL ESTANDARTE

Se hizo de noche y ya no hay nadie además del juglar, ellos dos y aquella muerte ridícula que lo presidía todo. Están sentados alrededor del fuego.

JUGLAR: Si es quien yo pienso hará falta mucha habilidad con las armas para vencerle con nobleza. Y tú ya no estás para esa labor.

EL: Es ella quien va a desafiarlo.

JUGLAR: (*Riendo*). ¿Ella? ¡Venga! ¿Quién de los dos miente?

EL: Ninguno. Es tal y como te lo digo.

JUGLAR: Muchacha, no se lo que estaréis tramando tú y el viejo este de mierda, pero si es cierto lo que decís y aprecias los buenos consejos, atiende a éste. Vuelve por donde has venido, o ve poniéndote a bien con mi amiga. (*Señalando el estandarte*).

ELLA: Pierda cuidado. No sé mucho de armas pero tampoco me pesa la nobleza.

EL: ¡Mujer y traición, lo mismo son!

JUGLAR: ¡Como gallofo y ladrón!

EL: Talmente.

(Echan a reír los dos).

JUGLAR: Supe lo de tu mujer.

(La muchacha mira para él sorprendida).

EL: ¿Quién te lo dijo?

JUGLAR: Uno de Ostabat que pasó por aquí hace unos días. Le tenía aprecio, ya lo sabes.

EL: ¿Y quién no?

JUGLAR: ¿Cómo fue?

EL: La venció el invierno.

JUGLAR: ¿Sufrió mucho?

EL: No más de lo que había sufrido toda su vida. Se fue como quisiera irme yo algún día. Como un pajarito. ¡Pero dejemos eso ahora y vayamos a lo que nos trajo aquí!

JUGLAR: Vosotros diréis.

EL: Ese milagro de los amigos... tú y yo lo tenemos por cierto, ¿no es así?

JUGLAR: Por tal nos lo contaron, ¿o no?

EL: Sí, sí, claro. Pero... quisiera que le dijeras a ella quienes fueron. Quiero que lo escuche de alguien que no sea yo.

JUGLAR: A mí me lo contó mi padre. Dicen que gracias a ese milagro, el suyo, vivió hasta treinta años, rufo como una bendición.

EL: Dile también quien era el otro. El que llevó su cuerpo sin vida hasta el sepulcro del Apóstol.

JUGLAR: El otro era tu abuelo. Eso todo el mundo lo sabe.

La muchacha escucha en silencio. Aparentemente sin prestarles demasiada atención.

ELLA: Se nos viene la noche encima y tenemos que dormir fuera de puertas. Debiéramos irnos.

EL JUGLAR: ¿A qué viene todo esto?

EL: Cosas nuestras. Por cierto, ¿sabes que se haya repetido con otros?

EL JUGLAR: No. Aunque tampoco sé de nadie que haya hecho algo semejante por un amigo.

EL: Sabrás de uno dentro de poco.

EL JUGLAR: ¿De quién?

El gallofo tarda en contestar, como si necesitara meditar la respuesta. La muchacha mira para el carro buscando en él, quizá, las razones de aquel silencio.

EL JUGLAR: ¿De quién, amigo mío?

EL: *(Burlándose)* ¡De ti cuando me lleves! ¿O no piensas hacerlo?

EL JUGLAR: Tendrías que adelgazar primero.

EL: Lo haré, te lo aseguro.

EL JUGLAR: Siendo así, cuenta conmigo.

ELLA: ¡Nos tenemos que ir!

EL: Ya, ya.

Oscurece.

(3)

FUERA DE PUERTAS

Carrión es una sombra a lo lejos en la que arden algunas hogueras, andan camino adelante buscando un lugar con buen abrigo en el que hacer noche.

ELLA: No me dijo que estuviera casado.

EL: Non me lo preguntaste.

ELLA: ¿Tiene hijos?

EL: De ella no y de las otras nunca se sabe.

ELLA: ¿Cómo era?

EL: Buena. Muy buena.

ELLA: ¿Eso es todo?

EL: Estaba allí cuando yo llegaba y seguía allí cuando me iba. Y así durante treinta y siete años. ¿Qué más tiene que agradecer un hombre en su mujer para dolerse de su pérdida?

ELLA: ¿Hace mucho que murió?

EL: Deja el asunto, ¿quieres muchacha?

Oscurece.

(4)

EN UN LUGAR ABRIGADO DEL NORDESTE

Hace un buen rato ya que la noche y el silencio cayeron sobre ellos, se escucha en la oscuridad la voz entrecortada de la muchacha. Viene de donde está el carro y es como un susurro estremecido por el espanto.

ELLA: ¡Virgen Santísima!

Una luna en creciente sale del nubarrón que la ocultaba y deja ver a la muchacha al pie del carro. Acaba de descubrir algo en él que la horroriza.

ELLA: *(Entre gemidos angustiados)* ¡Está loco! ¡Está loco!

El despierta y presiente lo ocurrido.

EL: ¿Qué haces ahí? ¡Deja de revolver en el carro!

La muchacha echa mano de lo que encontró en el carro y como buenamente puede lo saca de allí y lo deja caer en el suelo. Es un fardo de paño blanco tras del que se adivina el cuerpo de una mujer muerta.

ELLA: Con razón no quería que me acercara a él.

EL: ¡La madre que te parió! ¡Te dije que no curioses en mis cosas!

ELLA: Esta ya es tanto mía como suya. Llevo empujando de ella todo el viaje.

Se escucha a lo lejos el tintineo de una campanilla y la plegaria de un mendigo.

MENDIGO: ¡En el nombre del Apóstol que os guía, ayuda a este pobre enfermo con más cosa que vuestras oraciones o vuestro sacrificio, y acallad su hambre y su sed con un pedazo de pan o un trago de vino!

El gallofo intenta meter el fardo en el carro pero no puede él solo.

EL: ¡Ayúdame a devolver esto a su sitio!

Ella no le hace ni caso.

ELLA: ¿Quién va dentro?

EL: ¡Por los clavos de Cristo, haz lo que te digo, muchacha!

ELLA: ¿Es ella, verdad? ¿Es ella?

EL: Es alguien que valía lo que tú no valdrás nunca.
ELLA: Cuando lo encontré ya tenía decidido hacer el viaje, ¿eh? Vendría a Compostela lo mismo.
EL: ¡Pero no por los atajos!

El tintineo de la campanilla y la voz del mendigo van acercándose.

MENDIGANTE: ¡En el nombre del Apóstol que os guía, ayudad a este pobre enfermo con más cosa que vuestras oraciones o vuestro sacrificio, y acallad su hambre y su sed con un pedazo de pan o un trago de vino!

El gallofo sigue intentando devolver el fardo a su sitio pero le flaquean las fuerzas y cae derrumbado en el suelo con él encima.

ELLA: ¿Piensa que los santos están puestos en el mundo para darle satisfacción a los antojos de todos los viejos asquerosos como usted que ambicionan ser los protagonistas de un milagro?

EL: ¡El Apóstol, sí!

ELLA: Este camino lo recorren cada año desde hace cientos, miles de hombres y mujeres piadosas y al parecer sólo algunos de ellos llegaron a alcanzar tal merecimiento. ¿Quién es usted para pretender tal gloria?

EL: La voy a llevar hasta él desde más allá de los Pirineos.

ELLA: ¿Y cree que basta con eso?

EL: ¿Qué otra razón podía tener para echarme al camino?

ELLA: Yo le di una.

EL: Ya tenía ésta.

El mendigante está ya muy cerca, su sombra se recorta a lo lejos haciendo repicar la campanilla e implorando una atención que nadie le presta.

MENDIGANTE: ¡Acallad el hambre de este pobre enfermo con un pedazo de pan y su sed con un trago de vino fresco.

Ellos siguen a lo suyo y ni lo escuchan.

ELLA: ¿Cuál? ¿La de ir a rezarle al Apóstol para que le devuelva viva a su esposa?

EL: Non necesito el milagro. No llega a tanto mi soberbia. Me basta con creer que es posible.

ELLA: ¿Posible? ¿Qué este amasijo de carne putrefacta vuelva a vivir? ¡Está más loco de lo que yo pensaba!

EL: (Muy alterado) ¡Se acabó! ¡Te dije que non era de fiar! ¡Por qué te echaste al camino conmigo?

ELLA: También me dijo que no robaba a nadie que tuviera menos de lo que usted.

EL: ¡Miento a veces! ¡Toma el dinero! ¡No lo quiero! ¡Te daré lo que falta en cuanto pille un buena bolsa a mano!

Le arroja las monedas que le quedan a la cara. La muchacha ni las mira. El mendigo sigue con su letanía, cada vez más cerca.

ELLA: Esas monedas le dan derecho a veinte noches conmigo.

EL: Son las que llevo. Estoy pagado.

ELLA: Dije conmigo, no a mi lado.

EL: Supongo que también me darán derecho a pedirte que calles.

ELLA: ¡Yo no vendo silencios!

Recoge las monedas del suelo y llama la atención del mendigo.

ELLA: ¡Eh, amigo!

MENDIGANTE: ¿Es a mí?

EL: ¿Qué vas a hacer?

ELLA: ¿A quién le importa?

MENDIGANTE: Un pedazo de pan o un trago de vino, sólo eso.

ELLA: ¿Si pudieses escoger, que limosna preferirías; confort, dineros, comida o mujer?

MENDIGANTE: Difícil me ponéis la cosa, pero si de escoger se tratase, escogería comida y mujer a un tiempo.

Ella abre la pechera de la camisa y deja al aire las tetas.

ELLA: ¡Mujer ya tienes y la comida la podrás comprar con esto!

Le arroja las monedas.

ELLA: ¡Convida mi compañero!

El mendigo se pone a recoger en ellas.

Oscurece.

(5)

EN EL MISMO SITIO

Al amanecer, él está terminando de acomodar el cadáver de su mujer en el carro. Ella sale del fondo del camino, cerrando la camisa y recomponiendo el pelo.

EL: Llevan la campanilla al cuello para avisar de que padecen de un mal contagioso.

ELLA: ¿Y usted por qué no la lleva? La locura va de unos a otros más de prisa que la lepra.

EL: Mañana en Sahagún, si Dios así lo quiere, veré de hacerme con una.

ELLA: Que sea bien grande. De aquí en adelante quiero saber si me separan o no de usted más de cien leguas.

EL: ¿Vas a seguir sola?

ELLA: Sí.

EL: Haz por darle alcance antes de Astorga. Allí el camino empeora.

ELLA: Lo tendré en cuenta.

El echa mano al carro con intención de seguir camino, pero vuelve a posarlo en el suelo y se acerca a ella con pillería.

EL: No me quisiera ir, sin antes preguntarte una cosa.

ELLA: ¿Cuál?

EL: ¿Te sentó bien?

Ella intenta darle un manotazo pero él detiene su mano en el aire y la sostiene allí un rato. Antes de soltarla se despide.

EL: Adiós muchacha. Que te asista la suerte.

Se aleja hacia el horizonte.

Oscurece.

XII
DE RECUERDOS Y SOLEDADES

(1)
EN UN SOTO

En medio de una tormenta. El gallofo, completamente borracho, está al pie del carromato una vez más, resguardándose de la lluvia y razonando con el tiempo como si el tiempo lo escuchase.

EL: *(cantando)* Dicen de tus manos que pican,
para mí son amorosas,
también pican los rosales,
y de ellos brotan las rosas.

Estalla un trueno.

EL: ¡Si dejaras de protestar e hicieras por ponerme a mano una bolsita curiosa! Alguien que buscara abrigo bajo mi toldo, o que quisiera acallar soledades. Estoy harto de comer hierbajos. Y de andar solo. ¡Esa lerchona! Dijo que seguía sin mí y lo hizo. No debí ocultarle lo de mi mujer. Pero, no sé, no fue por interés, lo juro. Fue por vergüenza. ¡Yo suplicando un milagro! ¡A quien se le cuente! ¡Mierda! ¡Ya non tine remedio! Y al fin y al cabo, qué más da. Llevo media vida diciéndolo: Amigo mío, aparte de tu mujer y de la mía, las únicas mujeres buenas son las mujeres muertas. La vi hace unos días, ¿te lo había dicho? A lo lejos. Le pregunté gritando, por quedar bien que no por otra razón; ¿Qué, cómo va todo? Miró para mí y ni me contestó la muy condenada. Siguió como si tal cosa. La echo de menos, ¿sabes? Daría lo que fuese por saber dónde está ahora.

Estalla otro trueno y oscurece.

(2)
EN UN COBERTIZO

Bajo los relámpagos de la misma tormenta. Ella está acostada entre las pajas, en los brazos avarientos de un joven. Como el Gallofo, borracha y nostálgica.

ELLA: Piensa que voy tras ese engreído de mierda, por más razones que las de cobrar unos reales mal ganados. Y es posible que acierte, pero... ¡El muy cabrón! Se hacía el perezoso y demoraba el andar más de lo preciso para retrasar el encuentro y tenerme más tiempo a su lado. Nunca llegué a decírselo, claro, pero pese al retraso, a mí aquello me alagaba tanto. En más de una ocasión me tiene costado lo suyo no tener para con él algún que otro gesto de ternura. Lo que no le perdonaré nunca es que no me dijera que la llevaba a ella en el carro. ¡Trae más vino!

JOVEN: No queda.

ELLA: ¡Pues vete a buscarlo!

El joven se levanta de entre las pajas y va a por vino.

ELLA: Y él no compra amores, y yo no los doy de balde.

Estalla un nuevo trueno y oscurece

(3)

EN UN PASO ESTRECHO DEL CAMINO

El llega con el carro. Ella sale a su encuentro. Se miran el uno al otro en silencio.

EL: ¿Ya vienes de vuelta?

ELLA: No. Oí decir que no se encontraba allá muy bien y venía a buscarlo.

EL: Yo oí de ti otro tanto de lo mismo. Al parecer, ahora en vez de venderte por dinero te vendes por vino.

ELLA: De usted se dice que habla a gritos con el viento.

EL: Es con quien mejor me entiendo.

ELLA: Todavía sigue queriendo llevarla hasta el sepulcro del Apóstol.

EL: No es mayor locura que la que te puso a ti al camino.

ELLA: Podríamos hacer lo que falte de él, juntos.

EL: Por mí...

Oscurece.

(4)

EN UNA CUEVA

Se cuentan al calor de la lumbre las aventuras vividas el uno sin el otro. Ella está de rodillas, ilustrando lo que cuenta. El sentado, escuchando.

ELLA: Fue espantoso. Estaba allí, revolviendo entre las hojas y gritando. *(Imitando la voz de un hombre)*. ¡Dios no pudo consentir que una sola de estas alhajas desapareciese! ¡Tienen que estar aquí todavía! ¡Prometieron aguardarme hasta más allá del poder de este diablo que me rebulle en la sesera cruelmente! Tenía los ojos fuera de las cuencas y buscaba entre los matorrales como yo ahora, preso de una gran excitación. De vez en cuando se revolvía y juraba. ¿Qué buscamos?, le pregunté. ¡Un tesoro! ¡Un milagro! ¡Una luz capaz de acabar con las tinieblas y de vencer al diablo limpiamente! ¡Está aquí, lo sé!, me dijo. Al principio yo non le hice mucho caso, pero a medida que fueron apareciendo cosas; el madero, el aro, la manivela, comencé a asustarme.

Claro que nunca pensé que la cosa llegaría a tanto. El no dejaba de hablar. Por lo que pude entender, se quejaba de que los de la Inquisición lo pusieran por loco y siguieran confiando en el fuego para vencer al diablo en los autos de fe, sin saber que, fuego y diablo eran lo mismo. Según él, para matar al demonio que cada hereje y cada poseso guarda dentro, hay que aplicarle el fuego mientras lo tengan en el cuerpo taponándole los orificios de las orejas, y los de la nariz y el culo, para que no puedan huir hechos ráfaga de viento. Y luego cortarles en un pálpito la vida, apretándoles el gáznate con una cuerda, para atrapar al diablo y hacer que se consuma junto con ese cuerpo que él convirtió en templo de pe-

cado. Pero los nudos de cuerda trabajan despacio de más y dejan huecos por los que un demonio agudo puede huir cuando le parezca. De ahí que él inventara aquel instrumento. Era una tabla con un agujero y un asiento, y con un aro de hierro que se cerraba al girar una manivela. El garrote, le llamaba. En cuanto encontró todas las piezas y terminó de montar el aparato, quiso que le ciñera el aro al cuello. ¡Tienes que aprender su manejo! Me decía. ¡Después de mí tiene que quedar alguien que sepa! Y dicho esto me ordenó que hiciese girar el manubrio. Lo hice y, zas, quedó tieso. Muerto, ¿se da cuenta? Sin yo saberlo, lo había matado.

EL: ¡Menudo instrumento! ¿Y dices que era uno de ellos?

ELLA: Lo fuera hacía tiempo.

EL: ¡Lo que no ocurra en este camino! ¿Qué hiciste con su cuerpo?

ELLA: Lo enterré.

EL: Bien hecho. Pues yo también me vi en una buena. Ahora, al recordarlo, no deja de causarme gracia, pero mientras sucedía creí verme en las últimas. Fue hace dos días, en la subida a aquella montaña. Iba cavilando en mis cosas cuando en estas, escuchó. ¡Eh, peregrinos! ¡Valedme! ¡Valedme! ¡En el nombre de ese Apóstol que desde tan lejos os trae! ¡Acudidme, que me muero! Miro a un lado y a otro del camino y no veo más que un peñasco. Entonces razono para mis adentros. ¡Mal asunto! Cuando hablan los peñascos es que el diablo busca enredo. Pero en esto vuelvo a escuchar la misma voz. Me fijo bien y me doy cuenta de que tras el peñasco hay un saco con alguien dentro. ¡Soy un clérigo a quien abandonó la suerte luego de ir a ver a Santiago el Mayor! Me dijo el muy maricón. ¡Caí en las manos de una cuadrilla de ladrones con los que el Apóstol quiera que nunca topéis! Me puse a sacarlo del saco y la hice buena. En cuanto se vio fuera de él, me asentó un cuchillo en la garganta y amenazó con matarme allí mismo si no le daba cuanto de valor llevase conmigo. ¡Ni clérigo ni centellas, claro! Yo, entre lo asustado que estaba, lo poco que entonces estimaba la vida, y que nada tenía para darle, me eché a reír y a gritar como un loco. Y luego, con la misma, voy y le espeto: ¡Hágalo! Y él, se ve que por lo acostumbrado que estaba a que la respuesta fuese otra, va y huye despavorido de allí, dejando el cuchillo y el saco a mis pies. ¡Eh, aguarda, le grito! ¡Somos del gremio! Tenías que verle la cara. ¡Tiene cojones, para uno que pica! Me contestó, volviendo sobre sus propios pasos. Acabamos entablado amistad. Compartimos el pan y el vino, el de él, claro, y charlamos un buen rato. Por cierto que me contó que en Compostela ya pleitea también la inquisición y que nadie puede estar dentro de puertas más de tres días seguidos, contando por uno el de entrada y por otro el de salida. A él, por quedarse dos más de los consentidos, le dieran en público diez vergallazos en la espalda y veinte en las posaderas. Lo más curioso del cuento fue que, antes de despedirnos me pidió que lo devolviese al saco, ya que él sólo no se amañaba bien.

ELLA: ¡Virgen Santísima! ¡Lo que no ocurra en este camino!

Oscurece.

XIII EL HILO DE LA VIDA

(1)
EN LA CIMA DE UNA PEÑA

Mirando hacia lo lejos, uno al lado del otro

ELLA: ¿Dónde estamos?

EL: ¡Mira! Aquello de allá es Astorga.

ELLA: Habría que bajar a por comida.

EL: ¿Sin dinero?

ELLA: Trabajar otro día no hace más puta a quien ya lo es.

EL: Iría yo si al hacerlo no pusiera en peligro la libertad, o incluso la vida. Ahí abajo tengo más de una cuenta pendiente.

ELLA: Espere por mí en algún sitio.

EL: ¿Ves aquella aldea de allí?

ELLA: Sí.

EL: ¿Y el pequeño bosque que hay cerca de ella?

ELLA: Claro.

EL: Estaré en él.

ELLA: Mañana al anochecer le saldré allí.

EL: Vete con alguien de fiar.

ELLA: Tendré que ir con más de uno. Y si esto se pudiera escoger, escogería non tener que ir con nadie.

EL: ¿Fuiste con muchos mientras hiciste sola el camino?

ELLA: Sólo con los necesarios para no olvidar las mañas del oficio y para ir tirando.

Oscurece

(2)
BOSQUE CERCA DE UNA ALDEA

En un claro del bosque en el que quedarán. El viejo está cantando otra vez.

EL: (*cantando*) Eres una flor de oro,
como quiere mi deseo
eres una estrella blanca
que vino caída del cielo.

Aparece ella, borracha como una prea.

ELLA: (*Con sorna*) ¡Eiiiiiiii! ¡Señor! ¿Qué pensaría si le dijera que hoy ya creo también en los milagros?

EL: ¿En qué mar de vino te ahogaste, muchacha? ¡Vienes fina!

ELLA: En todos.

Aprieta la falda contra la barriga y se ve que la tiene como hinchada.

ELLA: Mire, preñé hace un momento y estoy a punto de parir.

EL: Es un buen milagro ese, sí señor.

ELLA: Todavía sé de otro más grande. ¿Quiere que se lo cuente?

EL: ¡Venga!

ELLA: El caballero tiene un desafío en Villafranca.

EL: ¿Cuándo?

ELLA: Dentro de dos días.
EL: ¿Y así te dispones para la lucha?
ELLA: Así me despido de la vida.
EL: Buena razón para empiparse esa, sí señor. ¿Te sobró vino?
ELLA: Sí. Pero tengo que parir primero.
EL: (*Señalando hacia el suelo*) ¿Te vale aquí?
ELLA: (*Dejándose caer donde el señala*) De otro lugar no dispongo.
EL: (*Siguiéndole la corriente*) Echate con cuidado.
ELLA: ¿Si sale niño quiere que le pongamos?
EL: ¿Eso debieras preguntárselo asu padre?
ELLA: Se lo pregunto a su padrino.

Comienza a retorcerse en el suelo tal que si fuese a parir de verdad.

ELLA: ¡Aiiiiiiii! ¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Haga algo!
EL: ¿Lo qué?
ELLA: ¡Salte! ¡Patalee! ¡Baile! Cualquier cosa que pueda imitar el niño y le ayude a tener mejor salida.

El hace cada una de las cosas que ella dijo.

ELLA: ¿Así?
EL: ¡Aiiiiiiii! ¡Ahí viene! ¡Ya está aquí! ¡Rediós, no sé si no serán varios! ¡Meta la mano dentro y tire! ¡Tire!

Ella se abre de piernas y él busca entre ellas algo que lo que tirar, no sin cierto reparo.

EL: ¿No me costará nada andarte en el penacho?

Tira con fuerza de lo que ella lleva en la barriga y da con todo en el suelo. Son: Una ristra de chorizos, un mollete de pan y una pelliza de vino.

ELLA: ¡Ya parí! ¡Pan de mollete, chorizos y vino! ¡A comer, que hoy la abundancia es mucha!

Oscurece.

(3)

A UN DIA DE VILLAFRANCA

Es noche cerrada. Se escucha el aullar de los lobos en la cercanía.

ELLA: ¡La madre que los parió! De esta vienen a por nosotros.

EL: Encendamos un fuego. Mientras se mantenga vivo poco mal puede hacernos.

La muchacha prende un fuego.

EL: Si aun así se acercaran, agáchate, y no dejes que se miren en tus ojos. Apártate de su aliento y de su saliva y pon bajo cruz los oídos.

ELLA: Me aterroriza sentirlos tan cerca.

EL: Pues vete acostumbrando. Permancerán a nuestro alrededor toda la noche.

ELLA: Yengo miedo.

EL: Si no tuevieses acogido en tu cama lobos más fieros que estos. Ven, acércate a mí.

La muchacha se acerca a él y él la envuelve con sus brazos.

EL: ¡Escucha! ¿No los sientes? Es como si le hablaran a alguien.

ELLA: ¿Los lobos?

EL: A veces traen avisos de lo incierto.

ELLA: ¿Y usted conoce su habla?

EL: La de algunos.

ELLA: ¿Qué dicen?

EL: Piden por el alma de un difunto. Morirá hoy o mañana.

ELLA: ¿Y ya los lobos piden por ella?

EL: Lo hacen siempre cuando es fémina.

EL: ¿Será por mí por quien piden?

EL: Quién sabe. Por si acaso, mejor sería que olvidaras lo del tipejo ese. Yo de ti le haría caso a los lobos y volvería por donde he venido. De aquí a Ostabat, una muchacha con tu disposición, puede, si quiere, hacer más dineros de los que ese cabronazo te adeuda.

ELLA: ¡Váyase a la mierda! Se está riendo de mí.

EL: Lo de los lobos no es cierto, pero de serlo, non quisiera que atinaran en el augurio.

Oscurece.

(4)

CON VILLAFRANCA A LA VISTA

Los dos de camino. El encharcándose de vino y medio peneque ya.

EL: Señora, he aquí Villafranca a sus pies.

ELLA: Llegó el día.

EL: Sí señor. Llegó el día.

Riega con vino su cabeza mientras suelta una letanía con grandilocuente somennidad.

EL: Por las estrellas que nos guían, por la luna que nos gobierna y por el sol que nos aguarda...

ELLA: ¿Qué hace?

EL: ...te bendigo con la generosidad de este santo jara-be conocido de ordinario como vino, en la seguridad de que él sabrá hacer crecer en ti la agudeza y la fuerza necesarias para vengarte de ese desgraciado...

ELLA: No estropee así el vino.

EL: Hay mucho. Y en Villafranca más. ¿Por qué vas tras de él, muchacha?

ELLA: Ya se lo dije.

EL: ¿Por el dinero? ¿Nada más que por eso?

ELLA: Y para poder volver con mi hija. ¿Por qué otra cosa habría de ser?

EL: Siendo un caballero, ni tan siquiera se prestará a razonar el asunto contigo, y mucho menos hacer por pagarte.

ELLA: Entonces tendrá que matarme.

EL: Te bendigo, pues, para festejar la muerte honrosa que te aguarda y te nombro reina de esta fiesta de despedida y señora de los borrachuzas todos que en el mundo hayan sido. ¡Bebe, invito yo!

ELLA: No. No quiero.

EL: (*Hacia el cielo*) ¡San Caralampio bendito! ¿Tú escuchas esto? Le ofrezco elevarla a una dignidad a la que sólo tus escogidas llegan y reniega de ti, de mí y del vino. (*Echa un largo trago*) ¡Mátalo a traición!

ELLA: No quisiera.
EL: ¿Tienes reparos? Yo no lo pensaría dos veces.
ELLA: No es eso.
EL: ¿Entonces?
ELLA: No sé.
EL: Aún le tienes aprecio, ¿verdad?
ELLA: Y si se lo tuviese, ¿qué?
EL: (*Riendo a carcajadas*). ¡Lo sabía! ¡Lo supe siempre!
ELLA: No me trató mal mientras duró aquello.
EL: ¡Mujeres! ¡Mujeres! ¡Al final todas sois iguales! ¡Un manojo de estupidez cabalgando sobre unas piernas y unas tetas!
ELLA: Dijo que no conociera a otra como yo.
EL: ¡A unos nos regateáis un miserable beso y por otros perdéis la cabeza! ¡No hay Dios que os entienda!
ELLA: ¿A la suya tampoco?
EL: A ella déjala. (*Echa otro trago*). Aún duerme.
ELLA: ¿Cómo le llamaría a lo que usted está haciendo?
EL: Decrepitud. Hay que saberse muy acabado para encontrar, en donde ya las busqué, razones que le permitan a uno creerse todavía vivo.
ELLA: ¡Lo que hay es que querer mucho! ¿La quiso mucho, no es así?
EL: Viéndome aquí y sabiendo como sabes a lo que vengo, si te dijera que no, ¿me creerías? Si el Apóstol no le pone remedio, la voy a perder precisamente cuando, como ahora contigo, aprendiéramos a emborracharnos juntos.
ELLA: ¿Era bonita?
EL: Mucho.
ELLA: ¿Cómo se llamaba?
EL: ¿Qué importa eso?
ELLA: ¡Pásame el vino!

El viejo levanta la pelliza de vino y la exprime hacia el suelo.

EL: Ya no queda. Muchacha, por si sucede algo y después no dispongo de tiempo, quiero que sepas una cosa. No fuiste peor compañera de viaje de lo que lo han sido otros.

Tira la pelliza lejos de sí con rabia, coge el carro y se va.

EL: ¡Vámonos! Cuanto antes acabe todo, mejor.
EL: ¡Espere!

El se detiene y ella se le acerca. Se encaran el uno con el otro.

ELLA: Júreme que nunca le contará a nadie lo que voy a hacer.
EL: ¡Está jurado!

Le da un beso huidizo en la mejilla y se va. El viejo queda acariciando en él, mientras oscurece.

XII

DEL AMOR, DE LA MUERTE Y DE LA SOBERBIA

(1)

EN EL CAMPAMENTO DEL ENGREIDO

El caballero sale de su tienda de campaña y se sienta

en la solaina. Salen otros hombres con él. El gallofo y la muchacha aguardan fuera.

ELLA: Señor, dejó una cuenta pendiente en Ostabat y vengo a cobrarla.
EL CABALLERO: ¡Mirad a quién tenemos aquí! ¡Te traje muy lejos esa porfía!
ELLA: No más lejos de lo que lo traje a usted su arrogancia.
EL CABALLERO: ¿Has pensado ya en cómo he de saldar mi deuda?
ELLA: De la única manera posible, señor. Pagándola.
EL CABALLERO: ¿Y si me negara?
ELLA: Me vería obligada a cobrarla por la fuerza.
EL CABALLERO: ¿Tú sola o con la ayuda de ese arapiento?
EL: Verá, señor. Yo en este asunto ni entro ni salgo. El de ustedes es un pleito que a mí no me concierne.
EL CABALLERO: ¿Y a cuánto asciende lo endeudado?
ELLA: A sesenta reales.
EL CABALLERO: ¿Tan poco vale lo que vendes?
ELLA: Es el precio habitual entre las de mi oficio.

El caballero coge una bolsa y quita de ella unas monedas. Las extiende sobre una mano y la adelanta hacia ella.

EL CABALLERO: Tenía entendido que cuando mediaban razones de amor vuestras caricias eran gratis.
ELLA: Había entendido mal, señor.
EL CABALLERO: ¿Y qué he de entender ahora? ¿Que cobráis las caricias siempre o que entre nosotros las razones de amor nunca existieron?
ELLA: Yo hubiera creído que sí.
EL CABALLERO: ¿Y qué te hizo creer lo contrario?
ELLA: La ley que le tuvo a todas sus promesas y el calor con que despidió de mí.
EL CABALLERO: Con frecuencia las despedidas son causa de dolores inútiles.
ELLA: Recuperar lo que le pertenece a uno no los provoca nunca.
EL CABALLERO: Sabías que me iría en cuanto sanaran mis heridas.
ELLA: Le escuchara a uno que se decía mi enamorado que me llevaría con él cuando eso ocurriera.
EL CABALLERO: ¿Y a dónde iríais siendo él noble y tú una plebeya, él honorable y tú puta?
ELLA: Según decía entonces ese del que hablo, a rondar camino siendo él hombre y mujer ella.
EL CABALLERO: ¿Se puede ser tan ingenua?
ELLA: Al parecer sí, señor.
EL CABALLERO: Cuánta estupidez, ¿no?
ELLA: Tanta, que a ella ya non le queda.
EL CABALLERO: ¡Bien! Habrá, pues, que satisfacer la deuda. ¿Estás segura de que son setenta las piezas que se te adeudan?
ELLA: Lo estoy.
EL CABALLERO: Echa bien las cuentas... porque esas serán las azotainas.

Se levanta bruscamente y, entre las risas de todos, la coge como si fuese un fardo y la coloca sobre sus piernas como se coloca a los niños para darles unos azotes culeros.

EL CABALLERO: Setenta, ¿no? ¡Una! ¡Dos!

Comienza a golpearle las nalgas con la mano abierta. Las risas arrecian.

ELLA: ¡Hijo de puta!

EL CABALLERO: ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco!

EL: ¡Señor! ¿Le importaría que hablase un momento con ella? Cosas nuestras. Sin que deje de calentarle las nalgas, claro.

EL CABALLERO: ¡Hazlo! (mientras sigue golpeándola) ¡Seis! ¡Siete!

El gallofo se acerca a ella.

EL: Muchacha, ¿ajustamos de nuevo el trato?

ELLA: ¿Para qué?

EL: ¿Para qué va a ser? Para ver de encontrarle a esto mejor arreglo. Así ni vas a cobrar lo que te pertenece ni a poder posar el culo de hoy en dos meses, por lo menos. ¿Quieres que medie yo en el asunto?

ELLA: ¿De qué forma?

EL CABALLERO: ¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez!

EL: Eso déjalo de mi cuenta.

ELLA: ¿Cuál sería el precio?

EL: Poca cosa. Pongamos que... el visto y no visto de una teta.

EL CABALLERO: ¡Vaya! ¡Al viejo aún le canta el mirlo!

ELLA: Quiere aprovecharlas todas, ¿eh?

EL: No pido tanto. Otros tuvieron más por bien menos.

ELLA: De acuerdo. Dé por cerrado el trato.

EL CABALLERO: ¡Once! ¡Doce! ¡Trece!

El gallofo sujeta la mano del engréido con mucho respeto pero enérgicamente y le impide seguir pegando a la muchacha. El caballero no acaba de dar crédito a lo que ocurre.

EL CABALLERO: ¿Cómo te atreves?

EL: No se encolerice, señor. Espere a escuchar primero.

EL CABALLERO: ¡Te escucho!

EL: Convendrá conmigo en que este claro del bosque no se encuentra a más de siete leguas del camino.

EL CABALLERO: ¡Cierto!

EL: ¿Acepta, pues, mi desafío?

ELLA: (Al gallofo) ¡No! ¡No haga eso!

EL: Deja andar, muchacha.

EL CABALLERO: ¿Es por fortuna caballero?

EL: Por fortuna no, señor, por derecho.

Se desprende de la capa y del sombrero y muestra los atributos de quienes tienen el alto honor de pertenecer a la orden de Santiago.

EL CABALLERO: ¡Vaya! Te ha salido un valedor con gallardía, muchacha. Después de acabar con él seguiré pagándote en azotes lo que resta de mi deuda. ¡Acepto, señor! Escoja armas.

EL: Verá, señor, yo en cuanto a esa cuestión tengo ciertas manías. Creo que este fue camino más honorable mientras se hizo a pie y no a caballo, por lo que, a mi entender de cristiano, en los pleitos que se establezcan en él debieran sobrar espadas, lanzones o mazas. Armas, todas ellas, más propias de arenas de torneos que de peleas entre piadosos romeros. ¿Le parece bien con el bordón?

EL CABALLERO: No tengo.

EL: Pues, siendo peregrino, debiera. Podrían confun-

dirlo con un ladrón o con un falso penitente. La muchacha lleva uno, use el de ella.

EL CABALLERO: Es atrevido tu valedor.

EL: Quizá no tanto como usted, señor.

La muchacha le lanza su bordón.

EL CABALLERO: (Cogiéndolo por el aire) ¡Cuando quiera!

Se tantean un rato y, poco a poco, comienzan a cruzarse garrotazos. El caballero tiene un resuello y una agilidad de las que el gallofo carece, y le asesta pronto varios golpes de mérito. Pero el otro no se arredra, y en una de éstas es quién de colocarle dos garrotazos seguidos. Uno en las costillas y el otro en el estómago.

EL CABALLERO: (Reponiéndose). Se revuelve bien con el callado, amigo.

EL: Algo aprendí tras tenerlo como única defensa durante años.

Siguen intercambiándose golpes con desigual fortuna para el viejo.

EL CABALLERO: ¿Y nunca usa espadón?

EL: No lo preciso.

EL CABALLERO: ¿No dijo ser caballero?

EL: Miento a veces.

EL CABALLERO: ¿Y esos ropajes?

EL: ¡Robados!

El caballero acierta a darle al gallofo en las piernas y da con él en el suelo. Las fuerzas le flaquean ya y la sangre comienza a aflorar tras los ropajes.

EL CABALLERO: Levántese del suelo, quiero que tenga una agonía lenta.

El gallofo se levanta lastimosamente.

EL CABALLERO: ¿A quién se los robó?

EL: A uno que, como usted ahora, menospreció a quien tenía enfrente, olvidando que las habilidades de un caballero de poco valen frente a la experiencia de un gallofo viejo.

Es ahora él quien consigue asestarle al caballero un golpe seco y certero que lo hiere de cierta consideración.

EL CABALLERO: Tanta soberbia merece adecuado escarmiento.

EL: No es soberbia, señor, es locura.

El caballero, enfurecido por la insolencia del viejo y por el dolor de la herida, se lanza sobre él como un toro salvaje y de cuatro o cinco golpes derrumba al gallofo a sus pies listo para recibir el de gracia. Le asienta la pica del bordón en cuello.

EL CABALLERO: Para ciertas labores, amigo mío, más que locura o soberbia lo que se necesita es destreza.

EL: O fuerza. Hace veinte años nunca me hubiera vencido. ¿A qué espera? ¡Remátame!

ELLA: ¡No! No lo haga.

EL: Yo no me apiadaría de usted de verme en su caso,

así que no repare en lo que ella diga y máteme. Es sabido que al morir en este camino se gana el Jubileo, y con él el perdón y la gloria. ¿Puede darse cuenta más justa?

ELLA: Por lo que más quieras. No lo mates. Te lo suplico.

El caballero, sin aflojar el bordón del cuello del viejo, busca la mirada de la muchacha.

EL CABALLERO: ¿Si le respeto la vida darás por zanjada mi deuda?

ELLA: Completamente.

EL CABALLERO: Trato hecho.

Deja al gallofo, tira el bordón y se va hacia la tienda. Al pasar a su lado, les ordena a los de su séquito.

EL CABALLERO: ¡Quebradle las piernas!

ELLA: ¡Eso no fue lo acordado!

EL CABALLERO: (Sin mirar hacia ella siquiera)
¡Hablamos de respetarle la vida, no la soberbia!

Mientras va oscureciendo, los hombres del séquito se acercan al gallofo con intención de tronzarle las piernas, tal y como el caballero ordenara. Cuando oscurece completamente se escucha un "no" estremecedor del viejo, mezcla de dolor y rabia a un tiempo.

(2)

EN EL MISMO SITIO

Anocheció. Ya no están las tiendas, sólo el carromato y ellos dos intentando curar las heridas. La muchacha hace lo que buenamente puede para componerle las piernas al viejo. El no deja de gemir, consumido por el dolor.

ELLA: Tendré que hacerle daño.

EL: Nunca será más del que ya me causaste. Tenías que hacerlo a tu manera, ¿no? Darte a valer delante de él.

ELLA: Mire quién fue a hablar. ¡Desafiarlo! A quién se le ocurre.

EL: Yo por lo menos le di unos zurriagazos, pero tú ni eso. ¿De verdad creíste alguna vez que te quería lo bastante como para llevarte con él?

ELLA: Usted nunca lo entendería.

EL: No hay mucho que entender. ¡Entonteciste!

ELLA: Llevaba tanto tiempo esperando a que alguien me sacara de allí.

EL: El, a su manera, lo hizo. Si en algo te estimas aún, vuelve, coge a tu hija y vete lejos.

La muchacha comienza a entablillarle las piernas con unos palos y unos girones de su falda.

EL: ¡Dios Santo! ¡Es como si me las partieran de nuevo!

Ella le da algo en lo que morder.

ELLA: Tome. Muerda esto. Tengo que apretar más aún.

Lo hace. El vuelve a gritar.

EL: ¡Condenada suerte! ¡Nunca está de parte de los dé-

biles! ¿A dónde voy yo ahora sin piernas? Debiste dejar que ese cabrón me matara y se cumpliera el augurio.

ELLA: ¿Fue eso lo que le dijo el de Cira?

EL: No, o sí, no sé. Aprieta, aprieta fuerte y acaba de una vez.

Ella aprieta con fuerza y anuda.

ELLA: ¡Ya está!

EL: ¡Para lo que va a servir!

ELLA: Le debo algo, ¿recuerda?

EL: ¿Lo qué?

Abre la pechera de la camisa y le enseña los pechos.

ELLA: Tenga. Lo tratado.

El se vuelve y ni los mira.

EL: Déjate de tonterías, muchacha, y guarda eso. Yo no compro amores ni con dinero ni con desafíos.

Al moverse, se duele de las piernas.

ELLA: ¿Le duele mucho?

EL: Este dolor acabará calmando. El que no calmará nunca es el que siento por ella. Ya no la podré llevar hasta el sepulcro del Apóstol, como prometí.

ELLA: ¡La llevará! ¡Se lo aseguro! Juro por Dios Nuestro Señor que los he de llevar a los dos hasta él así me vaya la vida en el empeño.

Oscurece.

XV

COMPOSTELA

(1)

EN GALICIA

La muchacha, con el viejo siempre acostado en el carro, cruza pasos de montaña, badea ríos, encara valles, sube cuevas y sortea iglesias y hospitales, entre nieves, lloviznas y tormentas. Las fuerzas le van flaqueando y arrastra el carro penosamente.

EL: Déjalo, muchacha. Déjalo. Es inútil. Nunca daremos llegado.

ELLA: ¡Llegaremos!

Sigue tirando del carro.

Oscurece.

(2)

EN LA LADERA DE UNA COLINA

Anochece. La muchacha, sin fuerzas ya, cae de bruces en el suelo y queda allí, sin aliento. El viejo no puede verla y no sabe muy bien lo que sucede.

EL: ¡Muchacha! ¿Estás bien?

Ella no contesta.

EL: ¡Muchacha! ¿Me escuchas?

Intenta bajar del carro. Lo consigue y con gran esfuerzo llega hasta ella.

EL: ¡Te lo advertí! ¡Te lo advertí! ¡No vale la pena semejante esfuerzo por nada!

Ella despierta.

ELLA: ¿Dónde estamos?

EL: ¡Qué sé yo!

Ella levanta la mirada y ve algo.

ELLA: ¡Mire, señor! Allá abajo.

EL: ¿Dónde?

ELLA: Allá a lo lejos. Bajo aquel mar de estrellas. Parece una ciudad amurallada.

El viejo se arrastra hasta lo alto de la colina y mira hacia lo lejos.

EL: ¡Dios Santo, muchacha! ¡Es Compostela! ¡Compostela! ¿Te das cuenta?

Oscurece.

(3)

EN EL MISMO LUGAR A LA MAÑANA SIGUIENTE

La muchacha le lava la roña del camino con un paño humedecido. El está en pechos.

EL: ¿Cuántos años tienes?

ELLA: Veinticinco.

EL: Cuando yo era de tu edad en este lugar, a esta hora, los peregrinos se contaban por cientos, y hoy ya ves... Cuánto cambiaron las cosas. Se ve que a quien no llevó la muerte lo alejaron los peajes, la inquisición o las guerras. Entonces, eso no arrearía a nadie, pero ahora... ¿Sabes, muchacha? Fuese lo que fuese lo que trajera a cada uno al camino... La piedad, el perdón, el miedo, el hambre, la soledad o la conveniencia, he visto morir a muchos en él sin más dolor que el de no haber podido llegar a Compostela. Y es justo sentir tal dolor, porque Compostela es mucha cosa.

ELLA: Séquese y vístase. Está rociando.

Le da un paño seco y se va a lavar ella. Limpia los brazos, las axilas, las piernas. El viejo mira para ella fijamente.

EL: Tengo que decirte una cosa.

ELLA: Pues dígamela.

EL: Me sentiría mal conmigo mismo si la guardase por más tiempo. Quizá la vejez calmase un poco mi disposición con las mujeres, pero perdura en mí el deseo. Y desde que andamos juntos sueño con tenerte en mis brazos, con besarte esos pechos que presiento esplendorosos, con hacerte mía. Y no sé si sabré morir sin antes haberlo intentado.

ELLA: Déjeme verle la herida.

EL: Hazme caso, guárdate de mí. No tengo mucho que perder. Si acaso a ti, y te voy a perder lo mismo. Tiene mala cara, ¿no?

ELLA: (Mintiendo) No. No, la tiene buena.

EL: ¡Venga! ¡Vamos! ¡Nos espera Compostela!

Oscurece.

(4)

FUERA DE PUERTAS EN COMPOSTELA

Comienzan a tocar cien mil campanas. El viejo, consumido por la fiebre, se cubre con la piel de oso, vuelve a ponerse a cuatro patas y grita haciendo el oso, como siempre.

EL: ¡Gruaaaaaaag! ¡Acercaos! ¡Acercaos! ¡Venid! ¡Venid! Creísteis que me podríais pillar desprevenido, ¿eh?

ELLA: (Despertando sorprendida) ¿Qué le pasa, señor? ¿Qué tiene?

EL: (Sin hacerle caso) ¡Sé bien que estáis ahí, a la espera! Suplicando mi último suspiro. ¡Venid cuando queráis! Pero no olvidéis que además de gallofo soy perro viejo y he de regatearos la fecha con más maña de la que...

ELLA: ¡Señor! ¡Señor! (sacudiendo en él) ¡Soy yo!

EL: ¡Dile a esas campanas que acallen su llanto! ¡Me están volviendo loco!

ELLA: ¿Qué campanas, señor?

EL: Las que me aturden el sentido. ¡Que callen! No quiero oírlas llorar más por mí.

ELLA: No hay campanas, señor. Son desvaríos provocados por la fiebre.

EL: ¡Hazlas callar! ¡Hazlas callar o tendré que hacerlo yo! ¿De qué os lamentais campanas todas de Compostela? Todavía estoy aquí, enjuto y recio, dispuesto a venir hasta vosotras por cuenta de quien así lo quiera una y mil veces más.

ELLA: Es una pesadilla, señor.

EL: ¿Dónde está ella?

Se lanza a las cosas del carro y comienza a revolver en ellas.

ELLA: Quedó allí para siempre.

EL: ¿Allí? ¿Dónde?

ELLA: En Compostela. ¿No recuerda? Hace tres días que nos pusieron fuera de puertas.

EL: ¿Viva?

ELLA: No, señor.

El viejo dio con el traje que traía puesto su mujer entre las cosas que quedan en el carro. Es un traje de novia.

ELLA: Era suyo. Pensé que le gustaría conservarlo.

EL: ¿Y el milagro? ¿Y esa ciudad en la que le es dada la salud a los enfermos? ¿Y ese Apóstol que le devuelve la vista a los ciegos o le desata la lengua a los mudos? ¿Dónde están? ¿Qué fue de ellos? ¿Qué fue de ese Nuestro Señor Santiago que le concedía el oír a los sordos y el andar a los tullidos?

ELLA: Nunca hubo tal Compostela, y usted debiera saberlo.

EL: ¡No es cierto! ¡Hay quien dio con ella!

ELLA: Se ve que a nosotros no nos asistió la suerte.

EL: ¿La llevaste a ver a Santiago el Mayor?

ELLA: Cállese un poco, señor. Le daré unas friegas para ahuyentar las fiebres.

EL: ¿La llevaste?
ELLA: Los llevé a los dos, pero se dice que él ya no está allí. Que se lo han llevado, Dios sabe a dónde, por miedo a los ingleses, que andan a la rapiña por la costa llegando, al parecer, incluso a saquear La Coruña.
EL: ¡Eso lo explica todo! ¡El no está allí! ¿Te das cuenta? Si estuviese no dejaría de hacer el milagro de devolvérmela con vida. ¿A dónde lo llevaron?
ELLA: No se sabe. Es una noticia que los peregrinos se pasan unos a otros en secreto. La iglesia lo niega.
EL: ¡Es cierto! ¡Tiene que serlo! ¿Dónde la dejaste? ¡Tenemos que ir a buscarla!
ELLA: (Fuera de sí) ¡Déjela en paz! ¡Ya está carcomida por los gusanos! ¡Bajo tierra! ¡Reposando por fin! Y allí va a seguir hasta que Nuestro Señor nos llame a todos a su presencia.
EL: ¿A mí también?
ELLA: A usted no. A usted será el diablo quien lo lleve.

Quedan los dos en silencio. El va calmándose.

EL: ¡Mira! (mirando al cielo) Las estrellas siguen señalando un camino. ¿A dónde crees tú que lleve?
ELLA: Por ahí dicen que cae el mar.
EL: ¿El mar? ¿Sabes que vine hasta este confín del mundo más de cincuenta veces por otros y nunca me acerqué a mirarlo?
ELLA: Nadie le pagaría por eso. Quedó de ir a verlo por Galiana, ¿recuerda?
EL: Muchacha, ¿cuándo se sabe que a uno lo venció ya la locura?
ELLA: Uno mismo no lo llega a saber nunca.
EL: En mi estado, querer llegar al mar será un presagio de eso.
ELLA: Quizá.
EL: Llévame allí, muchacha. Llévame al mar.
ELLA: ¿Para qué?
EL: No sé. Por seguir adelante. Por andar otro poco. Por verlo. ¿Harás por llevarme?
ELLA: En cuanto le sanen las heridas.
EL: ¡No! ¡Ahora! ¡Tiene que ser ahora! ¡Te daré lo que quieras! ¡Toma esto! ¡Y esto otro! ¡Cuanto tengo! ¡Es tuyo si me llevas cuanto antes!

Se pone a revolver entre las cosas y le da la piel de oso, las pellizas del vino, los calderos, las potas, el traje. A ella sólo parece interesarle el traje. Lo recoge del suelo, lo dobla con mucho cuidado y lo guarda con ella.

ELLA: Si no fuese porque todavía no escuché que le rechinaran los dientes, pensaría que enloqueció de verdad.

Oscurece.

XIV

EL MAR Y LA MUERTE

(1)

EN UN ARENAL, A LA ORILLA DE LA MAR OCÉANA

Chirrían un ciento de gaviotas y se escucha el rugido de las olas al batir con fuerza en la arena. El está acos-

tado en el suelo, mirando hacia el infinito. Ella permanece oculta tras el carro.

ELLA: (Desde lejos) ¿En qué piensa?
EL: En nada.
ELLA: Cada día miente con menos agudeza. ¿Qué lo desasosiega?
EL: Nada. Nada. Hablo con el viento en silencio.
ELLA: Antes acostumbraba a gritarle.
EL: Antes fue hace mucho tiempo.
ELLA: Hace treinta días solamente.
EL: Solamente, no. Hubo un viaje, una derrota, una mujer. Tantas cosas.
ELLA: ¡Vuélvase!
EL: ¿Qué?
ELLA: Que se vuelva y mire hacia mí.

Al tiempo que el viejo se vuelve muy despacio, la muchacha sale de su escondrijo. Trae puesto el traje de la difunta, y toda la belleza hasta entonces oculta tras las ropas de andar camino, reluce esplendorosa.

ELLA: Aquí tiene el milagro que esperaba.

El viejo es incapaz de decir nada.

ELLA: ¿Me sienta bien?
EL: Acércate a mi lado.

Ella lo hace sin dejar de saberse observada por él.

EL: ¿Por qué, muchacha?
ELLA: Quería verlo contento.
EL: Pues lo conseguiste.
ELLA: Me alegra.

Se sienta a su lado.

EL: Eso no hará que cambien las cosas. Tengo los pies completamente fríos. Ni los siento, casi.
ELLA: Yo se los calentaré.

Le coge los pies y los mete entre sus pechos para calentárselos.

EL: Dentro de un par de días comenzarán a pudrirse y luego irán deshaciéndose en pedazos.
ELLA: Lo llevaré con quien pueda curarlo.
EL: Este es un mal sin atajo. Vi a otros así. Solamente se cura cortando.
ELLA: Sin piernas también se puede vivir.
EL: No quien vive de andar camino.
ELLA: Iremos juntos. En el carro.
EL: ¿Hacia dónde? ¿Hacia una Compostela sin milagros? ¿Por un camino que ya nadie hace? Esto se acabó, muchacha. La única razón para seguir que me queda serías si acaso tú, y no das amores de balde. Y yo, para mi desgracia, ni puedo ni quiero comprarlos.

ELLA: Eso podría arreglarse.
EL: Ya no. Además, dicen que al morir en el camino, nuestro Señor le perdona a uno todos sus pecados. Y los míos son tantos...
ELLA: Quiere ganar el Jubileo a conciencia, ¿eh?
EL: Quiero morir como viví. En este camino. Y a ser posible, entero.

Callan los dos un rato. El retira los pies de entre sus pechos y la toma de las manos.

EL: Muchacha, si te pidiera que me mataras, ¿lo harías?

Ella se aparta de él sacudida por un estremecimiento.

ELLA: (Muy enérgica) ¡Nunca me pida semejante cosa!

Oscurece.

(2)

EN EL MISMO ARENAL, MÁS TARDE

Al amanecer. El gallofo se arrastró hasta donde ella dormía y la ató de pies y manos a los herrajes del carro. Está encima de ella, forzándola. Ella se revuelve inútilmente. Todo está ya a punto de terminar.

ELLA: (Gritando) ¡Cabrón! ¡Hijo de puta! ¡Lo mataré por esto! ¡Lo mataré! ¡Lo juro!

El viejo termina lo que había ido a hacer, corta las cuerdas que la atan y se va alejando de ella en silencio, arrastrándose. Ella recompone lo que puede sus ropas.

ELLA: ¿Tenía que ser así?

EL: No vi otra manera. Yo solo nunca podía. Soy demasiado cobarde para eso. Y tú no querías. Así que calmé mi deseo y te di otra razón para matarme que no fuese la de ser yo quien te lo pida.

ELLA: Deme lo que vale una noche y todo volverá a ser como antes.

EL: No muchacha. Dios me libre de hacer tal cosa. Mira esa inmensidad. ¿Cuántos viajes no podré hacer todavía cuando me acuestes en la espuma de ese mar encrespado y dejes que me pierda en él? ¿Cuántos caminos nuevos no se abrirán para mí ahora que tengo cerrados todos los viejos?

ELLA: ¡Es un hijo de puta! ¿Lo sabía?

EL: Lo sé hace mucho tiempo.

ELLA: ¿Cómo quiere que lo haga?

EL: Siempre creí que llegado este momento agradecería poder hacerlo muy despacio. Pero se ve que la vejez aflojó mi valentía. Hazlo de la forma más rápida.

Quedan así, en silencio, hasta el crepúsculo.

Las olas ahora baten en la arena con suavidad, y un sol en el ocaso lo tiñe todo como de sangre. La muchacha busca en el carro y coge el cuchillo.

ELLA: ¿No hay otro camino?

EL: No para nosotros, ya lo sabes.

Se acerca a él y se arrodilla a su lado. Le cierra los ojos con una mano y con la otra levanta el cuchillo. Antes de que la hoja se hunda en el pecho del gallofo, un rayo de sol, al rozarla, arranca de ella un brillo dorado. La muchacha baja el cuchillo y se lo clava en el corazón mismo. Del viejo no sale ni una queja.

ELLA: ¿Le duele mucho?

EL: Ya no.

ELLA: ¿Se siente ir?

EL: Despacio.

ELLA: ¿Quiere que le cercene la garganta? Moriría de inmediato.

EL: Deja andar.

Después de un silencio.

EL: Escucha, ¿no lo sientes?

ELLA: ¿Lo qué?

EL: El mar. Aquí besa la arena de otra manera. Como si llamara por alguien.

ELLA: Sí.

EL: Si quisieses despedirme con un beso, con gusto me dejaría ir en él.

ELLA: Ni ahora que se lo lleva la muerte olvida su pilería.

EL: Ahora menos que nunca.

La muchacha le da un beso en los labios y el viejo se deja ir en él.

Oscurece.

XV

OTRO DIA SIN GLORIA

(1)

EN UN LUGAR BRUMOSO DEL CAMINO

Entre la niebla se adivinan las siluetas del caballero y de la muchacha, y la de una luna al acecho, medio oculta por la bruma y coronada de estrellas.

EL CABALLERO: ¿Qué haces otra vez aquí? La deuda que tenía contigo está ya saldada.

ELLA: Es la de un amigo la que vengo a saldar ahora.

Sin darle tiempo a nada, lo atraviesa con el bordón de lado a lado.

Mientras oscurece o cae el telón, llega de lejos el recuerdo de aquellos sin gloria.

EN OFF: Lo encontrara en un claro del bosque que rodea el Hospital de San Nicolás, en Harambels, cerca de Inzura, cuando Inzura era ya esa pequeña aldea olvidada, entre Larceveau y Saint Palais, en la que ningún viajero repara ignorante de su antigua grandeza. Juntos hicimos todos los caminos que llevaran a alguna parte. Lo acosté en la espuma del mar y dejé que se perdiera en él como quería, y ni tan siquiera sé cuál es su nombre.

La oscuridad y el silencio se apoderan de todo.